

Unidad 4

- Los Olmecas

- 4.1 El descubrimiento.
- 4.2 Ubicación espacio-temporal.
- 4.3 La religión de origen.
- 4.4 Arquitectura y urbanización.

II. LA ERA OLMECA

EL DESCUBRIMIENTO

A PESAR del progreso alcanzado en el arte del tejido y de la cerámica en todo México, la gente seguía viviendo en pequeñas aldeas cuyo jefe se diferenciaba poco de los demás, de manera parecida al alcalde de un pequeño pueblo hoy en día. El modo de vida y el vestido de este jefe difería muy poco del resto de la comunidad. Patrones sociales similares persisten en rincones lejanos de Guatemala y México, en donde las cosas cambian poco de una a otra generación y el ceremonial, dirigido por los ancianos locales, tiene importancia suprema.

Sin embargo, hacia finales del segundo milenio antes de nuestra era, ocurrió un hecho que marcó época; del seno de esas rústicas aldeas surgieron los primeros centros ceremoniales, adornados con pirámides y palacios construidos en torno a plazas cubiertas con mosaicos. Ahí, donde pequeños jefes habían pedido obediencia, ahora gobernaban reyes atendidos por guerreros y cortesanos lujosamente vestidos; la escultura y pintura de fina ejecución tomaron el lugar de las artesanías domésticas; en vez de una sencilla religión, los complejos rituales exigieron una jerarquía de sacerdotes, que se convirtieron en la primera clase intelectual de Mesoamérica; registraron el movimiento de las estrellas, estudiaron los misterios del tiempo y del espacio, y obtuvieron conocimientos esotéricos que los elevaron por encima de sus compañeros. Este impresionante progreso de tribu a Estado es comparable con lo que ocurrió en el Viejo Mundo casi dos mil años antes, cuando aparecieron las primeras ciudades-Estado en Mesopotamia y los faraones gobernaban Egipto. En ambos casos, en el Viejo y en el Nuevo Mundo, habían transcurrido cerca de 5 000 años desde que el hombre aprendiera a cultivar la tierra.

El pueblo que transformó de esa manera la estructura social de México, vivía en la región costera que aproximadamente corresponde a la parte sureste del actual estado de Veracruz. En esta tierra caliente y húmeda abundaba el hule, por lo que a sus habitantes se les llamó arbitrariamente hace cincuenta años "olmecas", que significa "pueblo del hule" en náhuatl, el lenguaje de los aztecas. La influencia olmeca se habría de difundir a todo México y aun más allá de sus fronteras. Su cultura es en todos aspectos importante no sólo por haber sido original, sino también porque fue universal.

El descubrimiento de esta primera civilización no fue un triunfo repentino o sensacional de la arqueología. Por el contrario, una vez descubiertos los primeros restos de los olmecas, pasó mucho tiempo antes de que alguien entendiera su significado. Esto es aún más sorprendente porque el primer

resto que se descubrió no consistió en meros fragmentos de cerámica, sino que fue una cabeza colosal de piedra que pesaba alrededor de veinte toneladas.

Luego de que el explorador norteamericano John Lloyd Stephens descubrió y describió, en 1840, a los mayas de la selva del Petén guatemalteco y de la Península de Yucatán en México, éstos reinaron supremos durante un siglo como fundadores de la civilización mexicana. La imaginación popular fue estimulada por los descubrimientos sucesivos de ciudades enterradas en las profundidades del Petén, y durante un siglo tanto los especialistas como el público en general estuvieron convencidos de que nada imaginable, anterior o mejor, podía haber existido. Perú es un caso paralelo: ahora se sabe que la civilización de Chavín fue más o menos contemporánea de los olmecas y que desempeñó el mismo papel de primera civilización. Pero durante mucho tiempo, después de que se descubrió Chavín, los arqueólogos insistieron en que no podía ser la cultura original del Perú, porque era muy compleja y elaborada.

La primera cabeza olmeca fue descubierta por José María Melgar desde 1862, sólo 20 años después de que Stephens publicara su *magnum opus* sobre los mayas. Sin embargo, a los olmecas durante mucho tiempo ni siquiera se les dio un nombre y sólo adquirieron personalidad propia mucho después, cuando finalmente se reconoció su verdadero lugar en la historia, en los años cuarenta. Al llamar la atención sobre la cabeza de piedra, cuyas facciones negroides no tenían ninguna relación con algún objeto maya conocido, Melgar no pensó en revelar una nueva cultura, sino que sólo trató de encontrar apoyo para las teorías sobre los viajeros negros que habían vi-

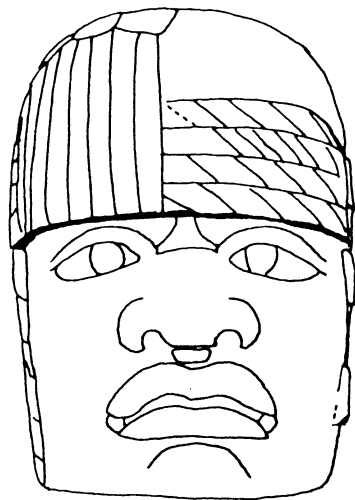


FIGURA 1. Cabeza colosal de San Lorenzo

sitado América. De hecho, la cabeza no fue el primer objeto olmeca que se descubrió. Una pequeña máscara había pertenecido a la colección de los reyes de Baviera desde mediados del siglo XVIII, pero se le añadieron ornamentos de oro y se le consideró como una pieza hindú.

Después de Melgar, los olmecas cayeron nuevamente en el olvido, interrumpido sólo por una visita del más grande de los estudiosos de la América antigua, el alemán Eduard Seler, quien en 1905 fue a inspeccionar esta singular cabeza. Seler, con intuición poco común, fue el primero en sugerir que tal pieza era producto de una cultura más universal, y no una peculiaridad regional limitada a una pequeña franja de la costa del Golfo. Para esos años, ya se habían encontrado más objetos olmecas, entre ellos una estela proveniente de Alvarado, Veracruz, pero habían originado pocos comentarios.

La Venta, que posteriormente se convertiría en el sitio olmeca más importante, fue descubierta en 1925 por el antropólogo danés Franz Blom, en compañía del joven norteamericano Oliver La Farge. Desenterraron una segunda cabeza colosal, junto con otros seis grandes objetos de piedra, inclusive una estela y un altar, todos con relieves de un estilo extraño pero inconfundible. Al igual que los primeros descubridores, subestimaron la importancia de lo que habían encontrado ya que ellos también estaban obsesionados con la idea de que la cultura madre de México era la maya y que esos relieves debían, por lo tanto, ser mayas. A pesar de que su aspecto estaba muy alejado de lo maya, insistieron en que el gran altar de piedra (conocido como Altar 4) tenía "una pronunciada apariencia maya". No obstante, cuatro años después, Marshall H. Saville, director del Museum of the American Indian de Nueva York, asumió un punto de vista más independiente; en un artículo publicado en 1929, trató a estos descubrimientos como parte de una nueva cultura a la que dio el nombre de "olmeca", con el cual se le conoce desde entonces.

Lo olmeca, hasta esa fecha confinado a la cálida y húmeda costa del sur de Veracruz, pronto adquiriría una nueva dimensión. George Vaillant, en aquel tiempo conservador del American Museum of Natural History de Nueva York, empezó en 1928 su investigación de sitios aldeanos en las afueras de la ciudad de México, y se sorprendió cuando encontró una pequeña orejera de jade con la figura de una bestia agazapada, mitad hombre y mitad jaguar, que recordaba exactamente lo que Blom había hallado en La Venta, y cuyas formas artísticas estaban imbuidas por el culto al jaguar. Poco después, el descubrimiento de relieves de tipo olmeca en Chalcatzingo, en el estado de Morelos, confirmó la naturaleza panmexicana de la misteriosa nueva cultura.

La sospecha de que ésta era una civilización del todo diferente, sólo se confirmó plenamente cuando el arqueólogo Matthew W. Stirling inició sus investigaciones y desempeñó en los estudios olmecas el mismo papel que Stephens tuvo con respecto a los mayas un siglo antes. Trabajar en el área olmeca fundamental, la "tierra del hule", era una tarea formidable en

aquellos días, pues el arqueólogo no se podía proteger con insecticidas efectivos y antibióticos y no había carreteras modernas que le condujeran a su destino, situado en zonas remotas e inhóspitas.

Stirling, resuelto a saber más de los olmecas, empezó su exploración con una visita a la cabeza descubierta por Melgar. Después de montar a caballo durante ocho horas, llegó a la aldea de Hueyapan sólo para descubrir que la cabeza no estaba donde se le había reportado anteriormente, sino cerca de otra aldea, llamada Tres Zapotes, situada al oeste de la sierra de los Tuxtlas, ubicada en el centro del área olmeca fundamental.

La búsqueda de la cabeza condujo a Stirling a un sitio olmeca de la mayor importancia que tenía un gran número de montículos de tierra, en los que excavó durante 1939 y 1940. El 16 de enero de 1939 hizo un descubrimiento sensacional: en la base del montículo mayor de Tres Zapotes, encontró una estela (Estela C) con una hilera vertical de números de barras y puntos, que aparentemente registraba una fecha mediante el método empleado por los mayas. Pero en el lado opuesto de la piedra había una máscara de jaguar muy estilizada, típicamente olmeca. Stirling se sorprendió al descubrir que, según su lectura, los números de la piedra registraban una fecha 260 años anterior a la más antigua esculpida en cualquier monumento de un sitio maya.

El choque de ideas se presentó una vez que esta estela de tipo olmeca fue encontrada en un sitio olmeca, ubicado muy al oeste de las tierras mayas, y que ostensiblemente era mucho más antigua que cualquier monumento maya fechado. Escuelas de pensamiento opuestas discutieron el problema, y dos de los más importantes expertos mexicanos fueron lo suficientemente audaces para defender la causa olmeca e insistir en que ella, y no los mayas, era la "cultura madre" de México. El primero fue Alfonso Caso, famoso sobre todo por sus excavaciones en Monte Albán; el segundo fue el historiador de arte Miguel Covarrubias, que para entonces ya había reunido su propia colección de piezas olmecas provenientes tanto de la costa del Golfo como de las tierras altas de México. Sin embargo, durante estos años, los especialistas en cultura maya sostenían que los nuevos hallazgos sólo eran una ramificación de ésta.

Al mismo tiempo, Stirling también trabajó en La Venta, en donde hizo importantes descubrimientos en rápida sucesión. Después de estos estudios en Tres Zapotes y La Venta, la Sociedad Mexicana de Antropología realizó una mesa redonda en 1942 para discutir el problema. En esta fecha, los expertos estaban dispuestos a aceptar que los olmecas eran, en realidad, la primera civilización de México. No obstante, Eric Thompson, el gran mayista, luchó hasta sus últimas consecuencias por su pueblo preferido y procuró destruir los argumentos en favor de los olmecas con su habilidad y erudición inagotables. Aunque en minoría, los razonamientos de Thompson fueron tan convincentes que inclusive Stirling estaba dispuesto a dar marcha atrás y aceptar una fecha entre 500 y 800 d.c. para la caída de La Venta. El propio Thompson había propuesto la de 1200 d.c.

En consecuencia, los mayistas, apoyados por otros especialistas, seguían firmes en sus ideas. Sólo cedieron en 1957 ante las nuevas armas que se les opusieron, cuando el laboratorio de la Universidad de Michigan procesó toda una serie de fechas de radiocarbono para La Venta, que iban de 800 a 400 a.c. Después de esto, la mayor antigüedad de los olmecas se convirtió en un hecho aceptado; en 1957, otra serie adicional de pruebas dio fechas de 1160 a 580 a.c. para La Venta, y desde entonces se han obtenido fechas aún más antiguas en otros sitios. Por lo tanto, la determinación de fechas por medio del radiocarbono ha demostrado ser fundamental para nuestra comprensión de la cultura olmeca en su zona de origen y para extender su difusión a otras regiones.

Una vez aceptado, ampliamente, que los olmecas eran la primera civilización, surgió una pregunta obvia: ¿quiénes eran los olmecas y de dónde habían venido? Con base en el descubrimiento de restos olmecas en todo México, tanto en los litorales del Pacífico como en los del Golfo de México y en el altiplano central, algunos sostuvieron que eran una tribu en particular, en tanto que otros consideraron lo olmeca más como un estilo artístico que como restos de un pueblo, estilo que se basaba en un culto común, adoptado en varias regiones. Sin embargo, tanto los estilos como los pueblos se deben originar en alguna parte y todavía era válida la pregunta: ¿dónde?

LOS OLMECAS Y LOS TÍOS SAM

Muchos de los objetos olmecas más pequeños que se han descubierto en todo México, representan a seres humanos con narices achatadas, parecidas a las del jaguar, y cuyas bocas, con frecuencia, están deformadas en una especie de gruñido que muestra a veces colmillos de jaguar. A este tipo de objetos artísticos olmecas se les conoce comúnmente como "hombres-jaguar", ya que son imagen de seres mitad niño y mitad felino.

Las obras de arte olmeca comprenden desde esas pequeñas figurillas hasta las cabezas de piedra colosales que se encuentran sólo en la región costera del sur de Veracruz. Aunque estas cabezas no poseen rasgos verdaderamente felinos, tanto ellas como las figuras más pequeñas tienen labios abultados y narices achatadas. Por lo tanto, no es extraño que sus rasgos, supuestamente negroides, produjeran especulaciones sobre los antecedentes de un pueblo cuyas facciones no parecían ser características de los indios americanos, y revivieran las suposiciones de Melgar acerca de los inmigrantes africanos.

Cuando se empezaba a conocer mejor a la civilización olmeca, los problemas se complicaron cuando se realizó otro descubrimiento: aunque los rasgos negroides eran comunes en el arte olmeca, se descubrió que también representaron a personas cuya apariencia era completamente opuesta. Además de los niños-jaguar, ciertos relieves y estatuas muestran a un hombre viejo, con nariz aguileña y barbas de perilla, al cual se le denomina en

ocasiones "tío Sam". Unas cuantas estatuas olmecas representan a personas de ojos rasgados que son más chinas que africanas.

Para explicar la aparente presencia de dos razas diferentes, una con rasgos aguileños y otra con rasgos negroides, primero se sugirió que los últimos eran los amos y los "tíos Sam" sus esclavos. Incluso se escribieron libros que intentaron probar que los negroides habían sido esclavos de barcos fenicios que se amotinaron contra sus amos, algunos de los cuales fueron traídos con ellos al Nuevo Mundo en calidad de sirvientes.

Si bien en algunos casos los "tíos Sam" son representados como cautivos desnudos que se humillan ante la arrogante presencia de un guerrero de labios abultados, estas teorías son insostenibles porque a veces los papeles se invierten; por ejemplo, en la estela de Alvarado se muestra a un personaje de nariz achatada en actitud subordinada ante un guerrero de rasgos aguileños. Además, ocasionalmente los dos tipos se combinan, y en una misma persona se tienen elementos del hombre barbado y del niño felino, como ocurre en la famosa estatua conocida como "El Luchador", del Museo Nacional de Antropología de México, que representa a un hombre con los labios negroides del niño-jaguar, pero con la típica barba de perilla de un "tío Sam".

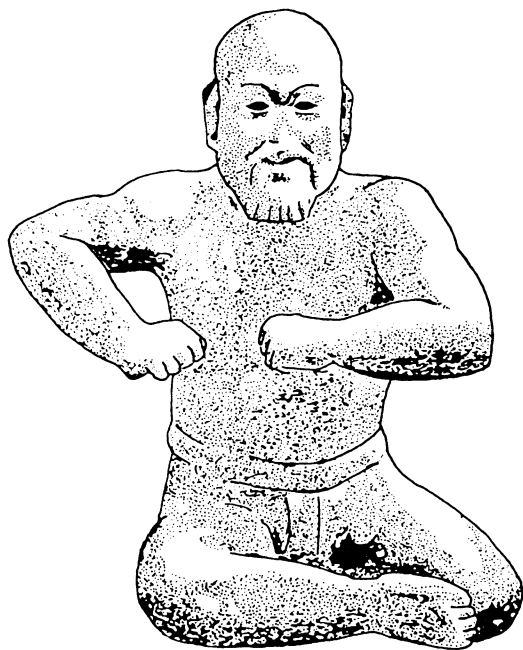


FIGURA 2. *El Luchador*

En la medida en que se encuentran rasgos negroides en el arte precolombino, existe una explicación más lógica, que no requiere de fantasías, acerca de los navegantes africanos. Pueblos negroides de muchas clases se encuentran tanto en Asia como en África y no hay razón por la cual, al menos algunos de ellos, no pudieran haberse unido a las bandas que emigraban a través del puente terrestre de Bering, que unió durante tantos miles de años al noreste de Asia con el noroeste de América.

Los habitantes aborígenes de muchas de las tierras que bordean al Océano Índico, entre ellas la India, la Península Malaya y también las Filipinas, fueron hombres pequeños con rasgos negroides, que todavía existen hoy en día. No es necesario ir más allá del Aeropuerto Internacional de Manila para encontrar pruebas de su existencia. Cerca se encuentra el Museo de las Culturas Tradicionales Filipinas; enfrente de la entrada hay una pared cubierta con fotografías de "caras poco familiares". En notorio contraste con los filipinos mongólicos de la actualidad, muchas de estas fotografías pertenecen a nativos de piel oscura, a los que se conoce como "negritos", que ahora viven dispersos a lo largo del litoral oriental de la isla principal, Luzón; la mayoría tiene labios abultados y piel negra. Los weddas de Ceilán son otro de estos grupos aborígenes negroides. Por lo tanto, no es de extrañar que estos hombres se hayan unido a las bandas de los primeros emigrantes que cruzaron la tierra de Bering, antes de que se hundiera bajo las olas; su presencia ofrece una explicación más lógica de los rasgos negroides que cualquier otra.

Por consiguiente, si se acepta la premisa, no confirmada, de que el arte olmeca está basado en el retrato de negroides verdaderos, llegamos a la conclusión de que esas personas eran africanas. En Tabasco es perfectamente posible encontrar, hoy en día, individuos cuyas caras no son muy diferentes de las que tienen las cabezas colosales, cuyos rasgos recuerdan en alguna medida a las grandes esculturas en piedra de la cultura cham de Camboya, otro país que todavía tiene población aborígen negroide.

Además, los objetos olmecas más pequeños representan a criaturas que no sólo son humanas, sino que en parte y en diferente medida también son jaguares. Algunos de estos peculiares híbridos tienen colmillos y garras, que también se encuentran en algunas de las estatuas más grandes. En ocasiones, un adulto negroide sostiene en sus brazos a un niño que tiene notoriamente más rasgos de jaguar que él. Los rasgos de estos niños no son obviamente los de un africano, sino los de niños-jaguares, inspirados quizás por la familiaridad del artista con los elementos negroides presentes en México y cuyos antepasados provinieron de Asia.

La aparente presencia de dos constituciones físicas diferentes en el arte olmeca es sorprendente a primera vista, y no han subsistido esqueletos en la húmeda área olmeca fundamental que pudieran ayudar a resolver este misterio. No obstante, la fusión de dos pueblos diferentes para formar una sola cultura no fue —como veremos— una característica rara de la civilización mesoamericana. En lo que fue esencialmente un arte religioso,

las principales características de los dos tipos, la nariz aguileña y la achata más común, pudieron servir como símbolos y por lo tanto es posible que se hayan exagerado, si no caricaturizado, de la misma forma como en culturas posteriores se utilizó la barba para indicar una edad avanzada, en particular en el caso de los dioses.

Si se descartan las ideas románticas de una migración marítima olmeca, subsisten las dudas respecto a qué parte de México fue su lugar de origen, ya que posteriormente estuvieron presentes en casi todas las regiones. El problema ha sido discutido acaloradamente: Miguel Covarrubias estaba convencido de que la civilización olmeca floreció por primera vez en Guerrero, en la costa del Océano Pacífico, pero su opinión no tuvo mucho apoyo.* Otros han insistido con igual energía en que originalmente provinieron de las tierras altas de México. Sin embargo, en la actualidad existe un consenso amplio en cuanto a que su área fundamental o lugar de origen estuvo en la tierra del hule del sur de Veracruz y Tabasco.

No sólo las cabezas colosales están limitadas a los principales sitios de esta región. Éste es el único lugar en donde la civilización olmeca aparece completa y en donde se encuentran todos sus rasgos característicos. En vista de este consenso y antes de escribir sobre la presencia olmeca en otras partes de México, debe considerarse, primero que nada, a La Venta, junto con los otros sitios de esta área fundamental, que es básica para comprender la civilización olmeca.

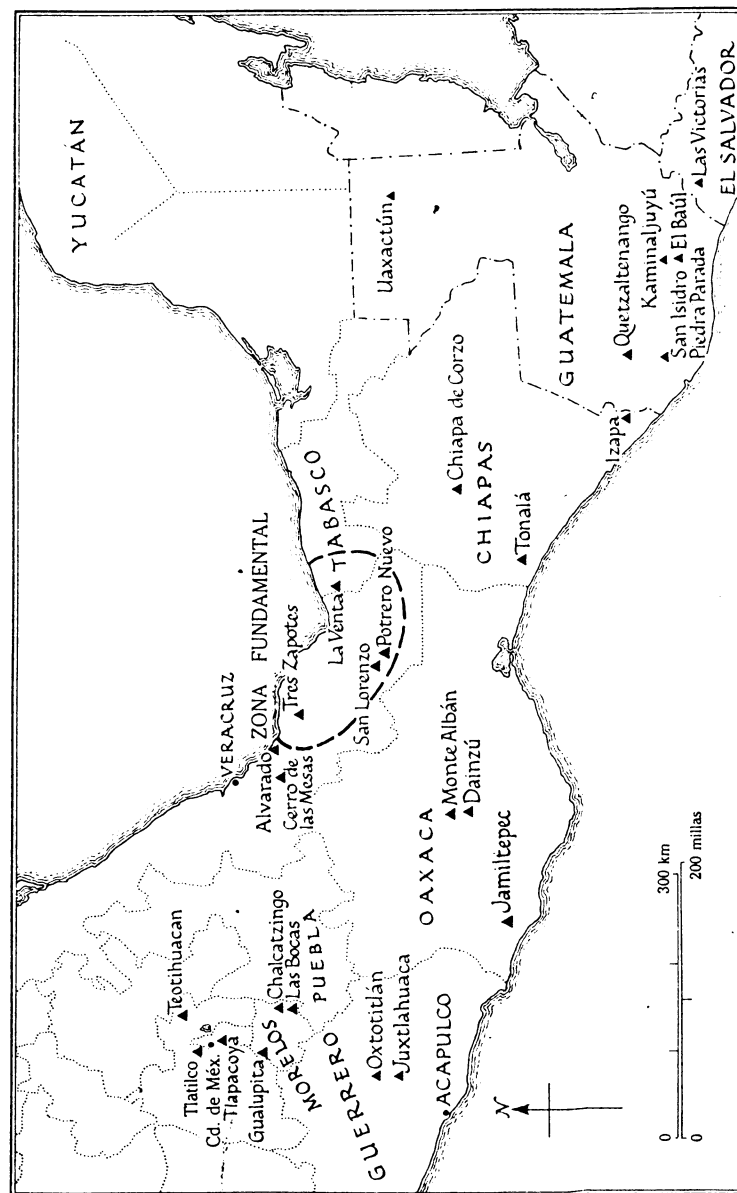
LA REGIÓN DE ORIGEN

Lo que generalmente se considera área olmeca fundamental ocupa una superficie de aproximadamente 18 000 kilómetros cuadrados en el litoral del Golfo de México, al oeste está limitada por el río Papaloapan y al oriente por el río Tonalá. Ésta es una zona bien definida, adecuada para la vida humana, limitada al oeste por una tierra que en su mayor parte está inundada, en tanto que hacia el este se encuentran los húmedos pantanos de Tabasco. Debido a su ubicación entre dos ríos, en cierta ocasión Alfonso Caso llamó "la Mesopotamia de México" a esta cuna americana de la civilización.

La región tiene muchos restos olmecas, la mayoría de los cuales apenas han sido tocados. De entre los tres sitios mejor conocidos, Tres Zapotes está situado en la extremidad occidental del territorio olmeca, mientras que en su límite oriental se encuentra La Venta; cerca de su centro, al pie de las laderas de la Sierra de los Tuxtlas, está el tercer sitio principal: San Lorenzo. La Venta es el más impresionante, en tanto que ~~San Lorenzo~~ es el más antiguo y ambos tienen, en consecuencia, una importancia especial.

Muchas cosas han cambiado desde el primer viaje de Stirling a La Venta

* Descubrimientos recientes cerca de Tlacozotitla (1983-1984), ofrecen, por primera vez, evidencias de construcciones olmecas en Guerrero, que se unen a los numerosos objetos de esta cultura que proceden del mismo lugar. [T.]



MAPA 1. La expansión olmeca

en 1940. Entonces era una isla remota y pantanosa, a la que se llegaba sólo después de una dura jornada en bote por el río y sobre el lomo de una mula. Sin embargo, ahora ha sido víctima del progreso moderno y una pista de aterrizaje parte en dos al sitio de los templos más antiguos de México; donde sus primeros astrónomos contemplaron las estrellas, hoy las llamadas de petróleo iluminan el cielo nocturno. En los días de Stirling, los jaguares deificados por los olmecas todavía vagaban por la isla, y durante su primera estadía un gran jaguar mató tres cerdos a sólo 180 metros de la casa en que vivía.

La Venta, por lo tanto, tiene poco que ofrecer al turista hoy en día. Sin embargo, se pueden ver algunas de sus más importantes obras de arte en el Parque de La Venta en Villahermosa, capital del estado de Tabasco. Algunas estatuas olmecas, en su mayor parte de San Lorenzo, fueron llevadas al museo arqueológico de Jalapa.

Sólo una pequeña parte de las ruinas fue excavada antes de que los *bulldozer* de los fraccionadores modernos las destruyeran. La isla de La Venta está situada en pantanos que se encuentran al este del lento río Tonalá, a 15 kilómetros de la costa. Esta isla mide casi cinco kilómetros cuadrados y está separada del campo circundante por pantanos, en los que el nivel del agua sube o baja según la época del año. El clima sigue siendo hostil y la estación seca sólo dura de abril a mayo, cuando empiezan de nuevo las lluvias torrenciales tropicales. La precipitación pluvial anual supera los 2 000 milímetros.

Se empezó a construir en La Venta aproximadamente en 1100 a.c., según las fechas de radiocarbono. El apogeo llegó en 800 a.c. y hacia 500-400 a.c. la construcción cesó y el centro fue destruido con religiosidad. Las posibles razones de este acto de violencia serán consideradas después. Por consiguiente, aunque La Venta es un poco posterior a San Lorenzo, precede a Tres Zapotes, que básicamente pertenece a la tercera o tardía fase olmeca, que va de 500 a 100 a.c.

Las construcciones de La Venta son de tierra o de barro seco y casi no hay estructuras de piedra. Los monumentos están agrupados en torno a una plaza rodeada de columnas de basalto, cada una de las cuales pesa casi una tonelada. Los estudios de La Venta, muestran que fue planificada con mucho cuidado y que su construcción siguió un eje central, como ocurre en muchos sitios mexicanos posteriores. Este eje es una línea imaginaria orientada 8° al oeste del norte, a lo largo de la cual se colocaron muchas ofrendas suntuosas. La plaza es dominada por una pirámide principal situada en su extremo sur; tiene treinta metros de altura y cubre una gran superficie, su forma es más o menos circular y tiene un diámetro de 128 metros. A diferencia de otras pirámides posteriores de México, no fue cubierta con una capa de estuco.

La característica más sorprendente de esta pirámide fue descubierta sólo hasta 1967, después de que se limpió su tupida cubierta vegetal y se le pudo observar y medir. Después del trabajo de Robert F. Heizer en el sitio

durante 1959, se seguía pensando que se ajustaba al patrón de las pirámides posteriores, con una base rectangular y lados lisos inclinados que se elevaban en diferentes secciones hasta una plataforma truncada en la cima (como aparece en la figura 3). No obstante, una vez que se le descubrió totalmente, fue obvio que su estructura no era rectangular ni sus lados lisos: en vez de esto, se encontró que era una especie de cono con surcos, ya que su costado redondeado tenía diez camellones separados por acanaladuras. Como sea que se le considere, es un monumento impresionante, formado por un montículo de tierra apilada que tiene una masa de 100 000 metros cúbicos.

A pesar de la forma distintiva de su pirámide principal y de su carencia de construcciones de piedra, La Venta es un verdadero prototipo del centro ceremonial mexicano. Al menos está presente el concepto de centro ceremonial y la sensación de orden y simetría, junto con esa obsesión por el

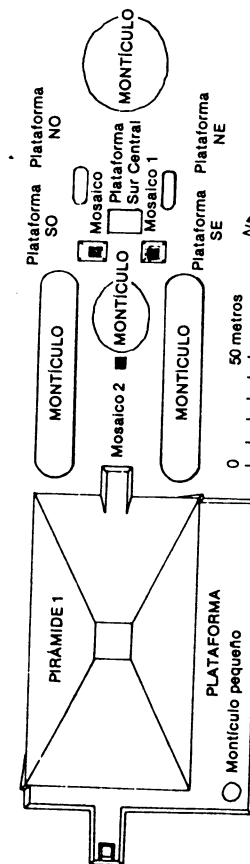


FIGURA 3. Plano del centro ceremonial de La Venta

ritual que es básica para entender al México antiguo. Ya se encuentran ahí pirámides y plataformas construidas en torno a una plaza, como parte de un sitio orientado según un eje reconocible.

Las personas de alta jerarquía a veces eran enterradas bajo las plataformas o en montículos artificiales. El más notable de estos entierros fue la Tumba A de La Venta, un montículo funerario para una persona importante. En La Venta se encontraron siete de los típicos "altares" olmecas: están compuestos por un gran bloque rectangular de piedra, que sostiene a una plancha superior aún más grande. El frente del bloque tiene un nicho profundo en el que comúnmente hay una figura humana esculpida en bulto. El sitio es notable por sus estelas; la que más llama la atención es la Estela 3; representa a dos jefes olmecas con elevados tocados, uno frente al otro, rodeados de enanos regordetes con rasgos de jaguar que parecen flotar encima de ellos.

Otro rasgo sobresaliente es el considerable esfuerzo que se dedicó a obras de arte que simplemente se enterraron en inmensos fosos, de los que se han localizado cinco. Con frecuencia los arqueólogos consideran a estas obras como ofrendas funerarias, pero no se ha encontrado un solo hueso humano entre los restos, aunque a menudo los objetos están ordenados como si hubieran formado parte de una tumba. Jamás se tuvo la intención de que el rico contenido de estos fosos fuera observado y admirado por ojos humanos, ya que se les enterraba inmediatamente, a pesar de lo cual, por la calidad de su trabajo, son únicos en México.

Uno de los fosos era tan grande que debió implicar la remoción de casi 1 000 metros cúbicos de barro; fue excavado hasta una profundidad de cinco metros a través de un montículo situado en el lado norte de la plaza ceremonial. Otra ofrenda mayor fue enterrada a ocho metros de profundidad; en el fondo se colocaron más de mil placas de serpentina verde muy pulida. Gran parte del contenido de estos fosos consistía en hachas de piedra pulida y con decoración esgrafiada; algunos tenían hasta 258 de estas hachas. La posición de las ofrendas, así como la de varios pisos de mosaico, estaba rigurosamente relacionada con el eje central y, por lo tanto, los arqueólogos pudieron calcular dónde era probable encontrarlas.

Se desconoce también la finalidad de los tres pavimentos de mosaico que pertenecen a la fase final de la civilización de La Venta. Dos de ellos fueron colocados sobre las plataformas que delimitan el lado sur de la plaza principal; cada uno está formado por 485 piezas oblongas de serpentina, fijadas mediante arcillas de colores. Los mosaicos están colocados de tal manera que representan una cara estilizada de jaguar y, al igual que a las ofrendas de los fosos, se les tapó y ocultó de la vista de la gente tan pronto como fueron terminados.

Además de La Venta, sin duda también Tres Zapotes se encuentra entre los principales sitios olmecas, pero la información acerca de éste es más bien fragmentaria debido a la falta de exploración detallada desde la primera excavación de Stirling en 1938 y 1939. Tres Zapotes es grande,

tiene más de 50 montículos agrupados en patrones regulares. Stirling descubrió una cabeza colosal, pero su hallazgo más importante fue la Estela C, a la que ya nos hemos referido, con una fecha de tipo maya que proporcionó los primeros indicios de la antigüedad de los olmecas. A semejanza de La Venta, Tres Zapotes no tiene nada que ofrecer al visitante, que difícilmente se enterará de que hay algo más que una milpa. Los restos olmecas deben, por lo general, buscarse más en los museos que en los sitios originales.

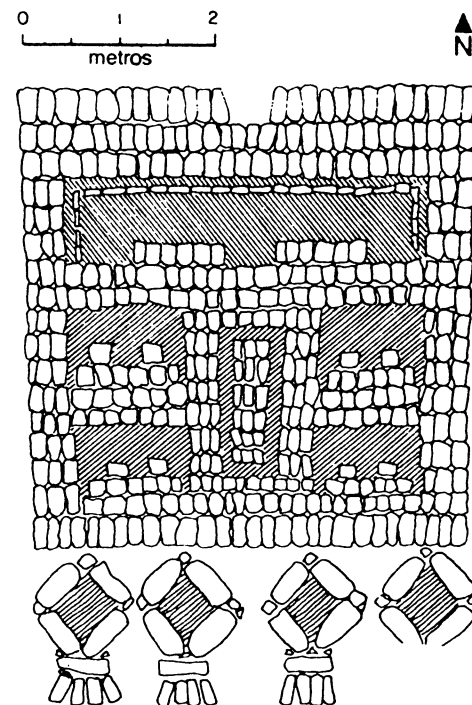


FIGURA 4. Piso de mosaico de La Venta

El tercer gran sitio, San Lorenzo, también fue localizado por Stirling en 1945, pero se supo poco de éste antes de que lo excavara Michael Coe, entre 1966 y 1968. El arqueólogo de Yale fue atraído en gran medida porque este sitio está ubicado en la parte central de la llamada área olmeca fundamental. Hizo su primera visita en 1964, después de un viaje de cinco horas en bote por el río desde la sucia ciudad petrolera de Minatitlán. San Lorenzo está formado, en realidad, por tres sitios: Tenochtitlán (al que no se debe confundir con la capital azteca que floreció casi 3 000 años después); San Lorenzo propiamente dicho, tres kilómetros al suroeste de

Tenochtitlán, y Potrero Nuevo, tres kilómetros al sureste de San Lorenzo. Colectivamente se les conoce como San Lorenzo Tenochtitlán.

La primera temporada de Coe en 1966 produjo un importante descubrimiento después de que tomó varias muestras de carbón, muy importantes para el arqueólogo como fuente de fechas de radiocarbono. Las cifras obtenidas eran sorprendentemente tempranas e iban de 1200 a 900 a.c., lo que sugería que el apogeo de San Lorenzo se había presentado varios siglos antes que el de La Venta.

San Lorenzo tuvo una historia larga y rica en acontecimientos. Según los detallados informes de Coe, el área fue poblada por primera vez bastante antes de 1300 a.c. por agricultores que ya conocían la alfarería; algunas de las estructuras que encontró provienen de esta fase inicial, antes de que en 1200 a.c. empezara la verdadera cultura de San Lorenzo. En ese momento, Coe cree que una banda de extranjeros que pertenecían a una civilización muy superior se apoderó del lugar; a su vez, ellos desaparecieron hacia 900 a.c. cuando el sitio fue ocupado por otro grupo, aunque la duración de esta ocupación no se conoce con precisión; San Lorenzo fue abandonado pocos siglos después de que llegaron y permaneció despoblado hasta cerca de 900 d.c., cuando fue colonizado por otros migrantes que cultivaban la tierra, pero cuyos logros culturales fueron modestos.

Sólo en su segunda temporada de excavaciones, después de haber hecho un mapa detallado, Coe comprendió que lo considerado hasta entonces como barrancas y laderas naturales era en realidad parte de una gigantesca obra humana. Las prolongadas laderas coronadas por una superficie plana que rodean el sitio con toda claridad habían sido construidas artificialmente, aunque el propósito que subyacía en esta laboriosa faena no está claro. Dos de esas laderas, cada una de treinta metros de largo, son imagen refleja la una de la otra y cada rasgo de una de ellas se encuentra en forma idéntica en la otra.*

El centro ceremonial mide más de un kilómetro en una línea que corre de norte a sur; no tiene ninguna gran pirámide como la que se encuentra en La Venta, pero sí varios cientos de montículos de tierra. La mayoría de éstos no son monumentos, sino basamentos de casas; a juzgar por su número, la población pudo haber llegado a mil personas, aunque es obvio que San Lorenzo servía como centro ceremonial a un número mucho mayor de gente del campo circundante.

Algunos de los objetos de piedra más sorprendentes se encontraron en el fondo de los barrancos y cañadas, o en las pendientes que conducen a ellos. En un primer momento se creyó que a estos objetos se les había, simplemente, rodado cuesta abajo cuando el sitio fue abandonado por primera

* Coe piensa ahora que la planta de la meseta artificial representa a un ave que vuela al este, como ocurre con algunos montículos-efigie de la América del Norte. Véase "Olmec and Maya: a study in relationship", en *The Origins of Maya Civilization*, University of New Mexico Press, Albuquerque, Nuevo México, 1977, páginas 183-195. [T.]

vez. Sin embargo, después de estudios adicionales, Coe descubrió que muchas esculturas de piedra cayeron a los barrancos como resultado de siglos de erosión; originalmente, se les enterró con cuidado meticuloso arriba de los barrancos, acompañadas con hachas de serpentina y otros utensilios.



FIGURA 5. Altar de Potrero Nuevo

La arquitectura de San Lorenzo es pobre, pues no puede hacer alarde de pirámides, plazas o columnatas. Además, este sitio ha ofrecido relativamente pocas de las pequeñas figuras de jade que se encuentran con tanta abundancia en La Venta y en muchas otras partes de México. Si, como es probable, alguna vez existieron esos objetos, ya han desaparecido. El sitio es notable por sus grandes figuras de piedra. Además de las nueve cabezas colosales que se encontraron ahí, sus obras de arte más espectaculares son las enormes esculturas que sin mucha precisión han sido llamadas "monumentos". De éstos, el más impresionante y conocido como Monumento 34, carece de cabeza, pues fue decapitado deliberadamente. Representa, con un tamaño poco mayor que el natural, a un hombre arrodillado que probablemente era un jugador de pelota; los discos perforados, colocados en sus hombros, muestran que en alguna ocasión la estatua tuvo brazos móviles y hacen recordar a las figuras articuladas mucho más pequeñas de tiempos posteriores. Otra escultura importante, el Monumento 37, tiene la figura de un enorme jaguar agazapado y decapitado, con colmillos exageradamente largos.

Estas figuras de piedra fueron mutiladas sistemáticamente y después enterradas a lo largo de ciertos alineamientos en las laderas, que se convirtieron así en un cementerio de todas las esculturas a las que pudieron echar mano los iconoclastas. Coe cree que cientos más podrán descubrirse algún día, como parte de este peculiar patrón de destrucción de ídolos y reentierro.

La reconstrucción que hace Coe de lo que sucedió en el más antiguo de los centros ceremoniales mexicanos, es reveladora. Especula acerca de una furia reprimida aunque demoniaca, que culminó en el sacrilegio supremo durante el cual se hicieron pedazos grandes obras de arte; cuando fue posible, las cabezas fueron separadas de los cuerpos y se destruyeron los altares. No hay evidencias de ninguna invasión exterior. El posible motivo de la destrucción, que se repite a la caída de muchos grandes centros de civilización en el curso de la historia antigua de México, será considerado más adelante.

Entre los logros más notables de la gente de San Lorenzo está la construcción de un sistema de desagüe muy complejo, la más antigua forma de control hidráulico que se conoce en el Nuevo Mundo. Parte de este sistema fue construido en una ladera y cuando se le descubrió el agua seguía saliendo por él durante las lluvias intensas. Los conductos se hicieron con piedras en forma de U, colocadas una después de otra y enterradas en una zanja. La principal línea de desagüe corre de este a oeste y está alimentada por tres líneas secundarias. El complejo diseño de las juntas entre los ramales secundarios y el principal, es una prueba de la habilidad de los ingenieros olmecas.

LA SOCIEDAD OLMECA

El arte y la arquitectura del área olmeca fundamental fueron claramente producto de reinos y no de tribus. La transición de tribu a Estado pudo ser muy breve, pero una vez que ocurrió fue definitiva. Ninguna casa se mantiene, haya sido de pobres o de ricos, pero toda la evidencia indica una organización compleja y muestra que, a diferencia de los pueblos de épocas anteriores, los olmecas vivían en una sociedad estratificada. Sus gobernantes controlaban el excedente de trabajo de los súbditos y los servicios de hábiles artesanos.

Había surgido una civilización capaz de transportar grandes bloques de piedra desde largas distancias y de amontonar miles de toneladas de tierra por mandato del gobernante. El basalto utilizado para hacer las cabezas colosales y los monumentos provenía de las laderas surorientales de la Sierra de los Tuxtles, 90 kilómetros al noroeste de La Venta en línea recta. Las cabezas pesan hasta 20 toneladas y la Estela 3 llega a las 25 toneladas; por lo tanto, el transporte de los bloques de basalto a La Venta fue una tarea prodigiosa. Primero se les tenía que trasladar 40 kilómetros por tierra hasta la corriente de agua navegable más cercana; desde allí, se les enviaba en balsas gigantescas río abajo hacia Coatzacoalcos, a la orilla del mar, de

donde se les transportaba a lo largo de la costa, que con frecuencia es azotada por fuertes oleajes, para finalmente ascender el río Tonalá hasta su destino.

Los rasgos de las cabezas colosales son muy parecidos, por lo que es dudoso que sean retratos en piedra de los gobernantes. Parecen, más bien, representaciones del mismo ser divinizado, al cual quizás se le consideraba como ancestro universal o héroe cultural que inventó diferentes artes y oficios. En contraste, algunas de las figuras vestidas soberbiamente en los relieves, esculturas de piedra y estelas parecen ser gente real, probablemente sacerdotes-reyes. Los objetos que portan estos seres majestuosos son significativos; algunos sostienen una especie de bastón o garrote, pero en ninguno de los monumentos o esculturas más pequeños conocidos se encuentran las lanzas o tiralanzas de épocas posteriores. Ocasionalmente, en una mano sostienen de manera ceremonial un objeto parecido a las manoplas.

Ignacio Bernal da una cifra tentativa de 350 000 habitantes para toda el área olmeca fundamental, que va de La Venta a Tres Zapotes, con base en una densidad de 20 personas por kilómetro cuadrado. Esta población estaba muy dispersa y sólo los gobernantes, sacerdotes y sus servidores vivían en los centros ceremoniales; éstos funcionaban como lugar de peregrinación para los aldeanos de las zonas vecinas, quienes sostenían a los residentes privilegiados de los recintos sagrados por medio de tributo en bienes y mano de obra, un patrón que habría de persistir durante toda la historia de Mesoamérica. Si bien en los relieves y murales se representa a los miembros de la élite gobernante, no nos dicen si el área fundamental era un solo reino o estaba dividida en pequeños Estados, problema al que se hará referencia más adelante.

El arqueólogo moderno ya no limita su atención a los hechos y costumbres de los personajes eminentes; además, estudia como un todo a la cultura humana con base en las relaciones entre sus diferentes clases, y procura determinar cómo vivía y trabajaba la gente y qué técnicas estaban a su disposición. En el territorio olmeca, a excepción de ciertas zonas afectadas hoy en día por la actividad petrolera, el modo de vida de sus habitantes no ha cambiado radicalmente y el estudio de las condiciones actuales ofrece muchos indicios del modo de vida de hace miles de años, así como de la forma en que enfrentaron el desafío de su ambiente, que sigue siendo el mismo. Hace una generación estos estudios habrían sido mucho más difíciles de realizar; para llegar a conclusiones de este tipo se requiere información detallada sobre la vegetación local, los suelos y los patrones de uso de la tierra, y el arqueólogo debe ser reforzado por especialistas de muchos campos, por ejemplo, biólogos, botánicos y agrónomos. A su trabajo contribuye también el intenso aprovechamiento de las fotografías aéreas; Coe nos dice cómo se utilizaron mapas aéreos en sus investigaciones al vincularlos con la información obtenida por su grupo de expertos, que asediaron a los actuales habitantes con preguntas sobre la cantidad de maíz y de otros alimentos que podía producir su tierra, el tiempo y frecuencia con

que había estado en barbecho y la cantidad de productos que consumía cada hogar. La falta de restos óseos ocasionada por el clima de esta zona, impidió cualquier comparación moderna de la dieta actual con la de los tiempos olmecas, mediante el estudio de excrementos fosilizados; sin embargo, es razonable suponer que no ha ocurrido un cambio radical entre la dieta de hoy en día y la del pasado.

En general, la región olmeca no era insalubre; es probable que no existiera el paludismo, y en aquellos días las aguas no estaban contaminadas por los animales domésticos, un problema que se presentó a partir del siglo XVI. Los métodos de cultivo del suelo son básicos en la economía olmeca y su estudio nos da idea del número de personas que pudieron vivir en la zona. Evidentemente su sistema de agricultura podía proporcionar una cantidad excedente de alimentos, sin los cuales no podría existir una sociedad estratificada de esta clase. No obstante, el excedente no era lo suficientemente grande como para permitir importantes concentraciones de población en superficies pequeñas.

El cultivo básico era el maíz, que todavía representa el 90% de la dieta de la gente de esta zona en la actualidad. El suelo es muy fértil y puede producir dos cosechas de maíz al año, aunque se agota con rapidez. Ese deterioro es producido por el sistema conocido como "roza", utilizado por los pueblos tropicales en muchas partes del mundo. Se despeja una parte de la jungla durante la breve estación seca; justo antes de que empiecen las fuertes lluvias de mayo, se quema el bosque y el cielo se ensombrece con un velo de humo; después de las primeras lluvias, se siembra la semilla con ayuda de un sencillo palo sembrador. Pero después de algunas cosechas los rendimientos disminuyen y se debe dejar descansar a la tierra durante cinco largos años, antes de que se le pueda utilizar otra vez. Las desventajas del sistema son obvias: requiere demasiada tierra y por lo tanto sólo proporciona alimentos a un número limitado de personas; aunque se le utilizó para sostener tanto a la civilización olmeca como a la maya en su apogeo, con frecuencia sus defectos han sido considerados como una de las causas del colapso maya. Actualmente, empieza a surgir evidencia confiable de que los mayas también utilizaron métodos de cultivo más intensivos; no se sabe nada de los olmecas al respecto, aunque ya se han encontrado indicios de estos métodos en el área fundamental que corresponden a épocas posteriores.

En la región olmeca, además, el cultivo de alimentos es complicado debido al gran volumen de agua que transportan los ríos, el cual aumenta con las interminables lluvias torrenciales. Durante la estación húmeda, gran parte de las tierras bajas se inunda y el suelo se hace tan barroso y pobre en nutrimentos que no puede cultivarse en absoluto. Más allá de la marca más alta que dejan las aguas, en la zona de colinas, los suelos son mejores y proporcionan dos buenas cosechas en un año. La mejor de todas las tierras es la de las franjas vecinas a los terrenos aluviales de los ríos, pues están cubiertas por una gruesa capa de cieno depositada por las co-

rrientes. Actualmente los pobladores más ricos son los que cultivan estas franjas, que con toda seguridad siempre fueron propiedad de la élite local, por lo que se convirtieron tanto en una fuente de poder como de riqueza.

A pesar de la importancia del maíz en la dieta ordinaria, también estaba disponible una gran variedad de alimentos. Los olmecas eran cazadores además de agricultores y aún en la actualidad, cuando los animales de caza casi se han extinguido en muchas partes de México, las personas de esta región cabalgan con sus perros y cazan venado de cola blanca y otros animales que se sabe formaron parte de la dieta olmeca. Los peces y las aves acuáticas abundaban todo el año. El perro y el guajolote ya habían sido domesticados y se les utilizaba como otra fuente de alimento. Tenemos buena información sobre las prácticas de caza en San Lorenzo, a diferencia de la de otros sitios en la región, gracias a un afortunado accidente en la conservación de los huesos. Aunque existía la caza, aparentemente su práctica era limitada. Las armas no eran muy eficientes y se han encontrado pocas puntas de proyectil; a juzgar por los restos, se comían más perros que venados. Los huesos de pescado y de tortuga, era lo que más abundaba.

Si bien la mayor parte de la gente trabajaba la tierra, el nivel artístico olmeca indica la presencia de una clase de artesanos de tiempo completo, aunque no se ha encontrado ninguno de sus talleres. Hacer delicadas esculturas de duro jade con instrumentos de piedra exigía gran habilidad y requería de cualquier técnica imaginable, entre ellas la utilización de abrasivos, perforadores y sierras, cuyas marcas aún pueden verse en algunos objetos. El jade fue el material favorito para hacer figurillas, pero los lapidarios también hacían instrumentos como hachas y cinceles de serpentina y trabajaban varias otras piedras, inclusive la andesita, el basalto y el cuarzo. Además de la agricultura y los oficios especializados, la construcción era una tercera ocupación que requería de mucha fuerza de trabajo, que también era necesaria para transportar materiales pesados y remover grandes cantidades de tierra. Parte de este trabajo lo pudieron hacer los campesinos en el tiempo disponible entre dos cosechas.

Con base en estos datos, sólo pueden hacerse algunas observaciones generales sobre el modo de vida de la persona ordinaria de una región de la cual no se conserva una sola vivienda o ni siquiera un hueso humano. Es obvio que como la población estaba bastante dispersa, empleaba muchas horas en caminar de un lugar a otro. Como miembro de una rígida sociedad de clases, al individuo se le demandaba gran parte de su tiempo para que levantara piedras y moviera montículos de tierra, aunque por ser un ferviente adorador del dios-jaguar probablemente realizaba estas tareas de buena gana. Aunque su dieta era sencilla, disfrutaba de una mayor variedad de alimentos que la disponible posteriormente entre las civilizaciones del altiplano. Si bien su existencia fue poco variada, la monotonía —al igual que en todas las culturas mesoamericanas— era aliviada por las complejas y elaboradas ceremonias que formaban parte de la religión, fundamental en todo su modo de vida.

GENIO CREADOR

Lejos de estar limitado a una región, se han encontrado ejemplos inconfundibles del estilo olmeca en muchos lugares. Sin embargo, antes de intentar trazar la ruta de esta expansión intelectual, se deben considerar las formas básicas de arte utilizadas y la religión de la cual constituían su forma visual. Todas estas manifestaciones fueron descubiertas en el área fundamental, excepto la pintura mural, pues su conservación no fue favorecida por el clima de Tabasco.

Los olmecas produjeron una gran variedad de objetos, cuyo tamaño iba de la miniatura a lo colosal, y se fabricaron con muy diversos materiales. Estos objetos pueden dividirse de manera general en monumentales y portátiles; esta diferenciación es importante, ya que las estatuas colosales esculpidas *in situ* sugieren alguna presencia física olmeca en el lugar en que se les encontró, en tanto que las figuras más pequeñas pudieron haber sido comerciadas fácilmente por intermediarios.

El arte olmeca se diferencia de los que le sucedieron, en particular del teotihuacano, por su realismo y carencia de abstracciones geométricas. Otro rasgo importante es cierto "clasicismo", en contraste con las formas barrocas del arte maya. Las figuras se yerguen libres en el espacio, y la mayoría de las imágenes están labradas a bulto. El concepto del hombre-jaguar es fundamental en su iconografía, aunque a veces aparecen otros animales y pájaros. Una escultura de Potrero Nuevo muestra a una mujer copulando con un jaguar y podría representar el mito básico del origen de los olmecas. El hombre-jaguar típico tiene la cabeza plana, frecuentemente con una hendidura en forma de V en medio; su nariz es achatada como la de un niño o un jaguar y las comisuras de su boca apuntan hacia abajo como si gruñera o llorara. Algunas de estas esculturas representan a seres humanos estilizados con ciertos rasgos de jaguar, en tanto que en otras se parecen más al felino y portan máscaras de jaguar. En casi todos los casos se combinan rasgos humanos y animales, y son muy escasas las representaciones de jaguares verdaderos que carezcan de algún rasgo humano. Además, se adornaba ocasionalmente a las máscaras de jaguar con plumas de ave y algunas veces se muestra a los felinos con lengua de serpiente. Las cabezas colosales carecen del elemento felino; de igual manera muchas de las figurillas de enanos y jorobados no tienen rasgos de jaguar.

La escultura en piedra es el logro supremo del arte olmeca. Por otra parte, su cerámica está mal conservada, en su mayoría es monocroma y no fue utilizada con fines ceremoniales. Las cabezas colosales están limitadas sólo al área fundamental y se conocen en total 16, de las cuales cuatro provienen de La Venta y nueve de San Lorenzo.* Las hay desde 1.60 hasta 3 metros de altura y todas están esculpidas en bloques de roca basáltica. Sus rasgos son muy parecidos y sólo difieren en expresión; una incluso

* Recientemente se descubrió otra cabeza colosal en San Lorenzo. [T.]

sonríe, aunque la mayoría tiene un aspecto más solemne, y todas llevan tocados semejantes a un casco que varían en diseño ligeramente.* No obstante se han hecho intentos por clasificar las cabezas y asignarlas a diferentes periodos; es más probable que hayan sido hechas dentro de un lapso limitado.

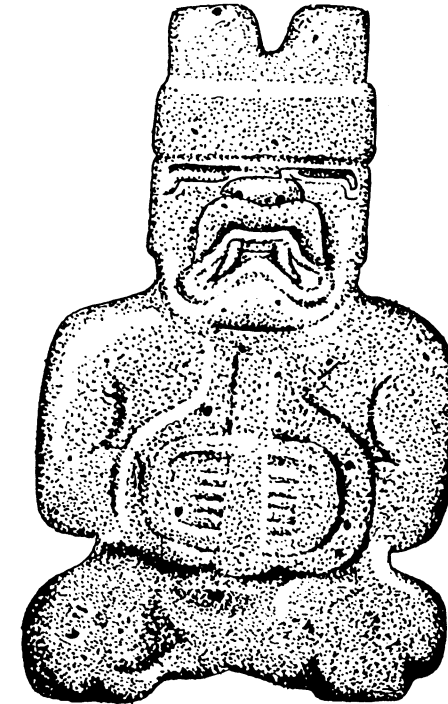


FIGURA 6. Jaguar antropomorfo de San Lorenzo

Las estelas olmecas provienen en su mayoría del área fundamental y son raras las de otras partes. A diferencia de las cabezas y altares, más estereotipados, las estelas son muy distintas entre sí. Son importantes por lo que nos dicen de la cultura y religión olmecas. Entre las más notables están las estelas 2 y 3 de La Venta, pues representan figuras que nos recuerdan a los mandatarios, ricamente vestidos esculpidos en muchas estelas mayas.

Las pequeñas figuras de piedra, muy realistas, no son menos notables. Algunas están hechas de material burdo, pero la mayoría son de serpen-

* Beatriz de la Fuente, *Los hombres de piedra. Escultura olmeca*, México, 1977, y "Escultura Olmeca. Periodo preclásico en la costa del Golfo", en *Historia del arte mexicano*, Salvat, vol. 2, 1982. [T.]

tina y jade; ningún otro pueblo de México produjo tantos objetos de jade. Este último nombre es un término genérico para dos piedras: la jadeíta y la nefrita. Los olmecas utilizaron la jadeíta, que es la más dura de las dos; esta piedra no fue empleada por los chinos sino hasta el siglo XVIII, cuando empezaron a importarla de Birmania. Unos cuantos objetos olmecas están hechos con el jade verde oscuro translúcido, tan apreciado en China, pero la mayoría son de color azul verde. En estas figurillas más pequeñas, el hombre-jaguar es el motivo dominante y muchas son representaciones de niños.

Los olmecas también hicieron finas máscaras de piedra; algunas son muy pequeñas y sirvieron como pectorales. Pero, de todos los trabajos de los escultores olmecas, quizás los más notables no sean ni las cabezas colosales ni las figurillas diminutas, sino las estatuas de tamaño natural; las realizadas con un estilo verdaderamente olmeca provienen del área fundamental y hasta ahora se han encontrado veinte. Todas representan a hombres desnudos, con frecuencia sentados y con las manos colocadas en las rodillas o piernas. Entre las más espléndidas está "El Luchador", notable no sólo por su fuerza y realismo, sino también por la precisión con que se esculpió el cuerpo humano (figura 2, p. 23). Otra pieza que destaca es el "Hombre de Las Limas", llamado así por el lugar en donde se le encontró; representa a un personaje olmeca típico con algo parecido a un casco de futbol americano, que lleva en sus brazos a un niño aparentemente muerto. Paradójicamente, en las más antiguas de estas estatuas la anatomía humana está representada con más habilidad; muchas de ellas provienen de San Lorenzo. Sin embargo, los relieves en piedra más finos, como se verá más adelante, pertenecen a la era que siguió a la de San Lorenzo.

A diferencia de las numerosas obras de arte en piedra, la pintura mural olmeca sólo se ha descubierto en fechas recientes y en lugares muy distantes del área fundamental. Esto no significa, de ninguna manera, que en La Venta no hubiera murales, sino sólo que en ese clima no pudieron conservarse.

En la principal carretera que va de México a la ciudad de Acapulco, después de pasar por Chilpancingo, la capital del estado de Guerrero, hay una carretera de terracería que conduce a la cueva de Juxtlahuaca, situada al final de un largo y estrecho valle. La cueva era conocida desde los años treinta, pero atrajo poca atención hasta 1966, cuando Carlo Gay penetró en sus rincones más profundos y descubrió pinturas con un estilo olmeca puro. Una de las características extrañas de estas pinturas es que están cuidadosamente ocultas de la vista, como ocurre con algunas de las más importantes pinturas rupestres paleolíticas de Europa. Están separadas del exterior de la cueva por toda una serie de cámaras, en una de las cuales se encontraron numerosos cráneos humanos; al final de esta cámara se encuentra la Galería de los Dibujos, en la que las pinturas se localizan en recovecos oscuros y sólo pudieron ser trabajadas con la ayuda de antorchas de ocote.

El mural principal muestra una sola figura olmeca, que recuerda a otras representadas en los relieves de piedra y en las estelas. Este majestuoso jefe tiene barba negra y un tocado de plumas de quetzal verdes. Mientras que muchos jefes olmecas están representados desnudos, éste lleva una túnica cubierta con bandas rojas, amarillas y negras; sobre su hombro izquierdo cuelga lo que parece ser una capa café. El elemento del jaguar está presente, como es usual, en los guanteletes y ajorcas de piel de jaguar. En su mano derecha lleva una especie de vara dirigida hacia una pequeña figura con barba de perilla, cara negra y cuerpo rojo. En otra pared de la cámara más profunda está pintada una gran serpiente de color rojo brillante, situada frente a un jaguar agazapado que parece estar presto para atacarla; su cabeza y cuerpo también son rojos, pero sobre su espalda la piel está manchada.

Después de que se hizo este importante descubrimiento, se encontró otro notable ejemplo del arte mural olmeca en Oxtotitlán, a unos dos kilómetros al este de la villa de Acatlán y a casi diez al norte de Juxtlahuaca. A diferencia de los murales de este último lugar, los de Oxtotitlán no están ocultos de la vista del público; se encuentran en la pared de una escarpa, enfrente de una cueva y entre dos pequeños resguardos rocosos. La pintura del acantilado representa una figura humana muy estilizada, vestida con muchos detalles y sentada en un monstruo con rasgos de jaguar. Pero, por mucho, la más extraña de las pinturas, situada en uno de los resguardos rocosos, muestra a un hombre con los rasgos olmecas típicos, vestido con



FIGURA 7. Mural de Oxtotitlán que muestra la cabeza de una figura olmeca con atavío ritual

un atuendo negro ajustado y que levanta su brazo derecho hacia la cabeza de un jaguar. Esta obra es casi única en la iconografía olmeca, ya que representa una figura totalmente humana que se enfrenta a otra que es un jaguar puro. En contraste con la naturaleza generalmente asexual de su arte, este mural es fálico; la cola del jaguar llega hasta la zona pública del hombre, cuyo falo se extiende hasta los cuartos traseros del animal. Esta figura humana y su compañero jaguar, vinculados sexualmente, son claramente importantes como símbolos religiosos.

Además de sus logros como primeros grandes escultores de piedra y pintores de murales, los olmecas inventaron el arte de la escritura y una técnica para registrar fechas en piedra. Esta proeza surgió tardíamente, cuando San Lorenzo y La Venta ya estaban en ruinas; en estos sitios no hay glifos fechadores.

Durante mucho tiempo, los expertos han estado familiarizados con el método maya de registrar el tiempo, que supuestamente ellos inventaron. Este sistema, conocido como la Cuenta Larga, consiste en la tabulación de los días transcurridos desde una fecha de origen, cuando se creó por primera vez el calendario.* Mediante la utilización de barras para indicar el número cinco y puntos para el uno, junto con una concha estilizada para el cero, las inscripciones mayas registraron fechas con cinco números



FIGURA 8a. Dibujo semejante a un glifo en el mural de Oxtotitlán



FIGURA 8b. Perfil de cara olmeca, Oxtotitlán

* Se trata de la fecha de partida para el registro de los días transcurridos, pero en opinión de la mayoría de los investigadores no es la fecha en que se creó el calendario. Sería algo similar a lo ocurrido con el calendario gregoriano, que se implantó a finales del siglo XVI, pero cuya fecha de partida es el año del nacimiento de Jesucristo. Para el sistema calendárico maya se ha sugerido que la fecha de partida de la cuenta es el mítico día de la creación del mundo. [T.]

que se leían de izquierda a derecha; éstos indicaban el número de unidades de 144 mil, 7 200, 360, 20 y un días que habían transcurrido desde el principio de la cuenta, que probablemente corresponde al año 3113 antes de nuestra era. La fecha maya más antigua del gran sitio de Tikal, según la correlación más ampliamente aceptada de Thompson, equivale al 292 d.C.

En 1939, el ya mencionado descubrimiento de la Estela C de Tres Zapotes, hecho por Stirling, creó una gran conmoción, pues tenía en un lado una fecha del tipo maya cientos de años más temprana que cualquiera de las encontradas en las tierras mayas y, en la otra, un hombre-jaguar olmeca. La inscripción apareció incompleta, ya que la estela estaba rota, pero quedaba lo suficiente de ella para que Stirling pudiera interpretar la fecha de 31 a.c., aunque en esos años los mayistas no aceptaron su interpretación. La estela y una extraña escultura olmeca conocida como estatuilla de Tuxtla, que tiene la fecha de 162 d.c., fueron cruciales para la demostración, que se presentó por primera vez, de que los olmecas habían creado la civilización más antigua de México, y que incluso habían inventado la escritura y el registro de las fechas.

Se reconocía que la Estela C había sido utilizada obviamente dos veces y que la fecha inscrita en ella, aunque muy anterior a las más antiguas de las tierras mayas, era muy reciente en la cronología olmeca. Después de que se hicieron estos descubrimientos, la lectura del año de la Estela C ha sido confirmada por las fechas de otras estelas encontradas en El Baúl, en Guatemala, y en Chiapa de Corzo, en el sureste de México, que también anteceden a las mayas por varios siglos.* Además, en Monte Albán, cuya fase I corresponde a las últimas etapas de la civilización olmeca, ya se utilizaba un sistema que registraba las fechas por medio de barras y puntos, junto con una forma sencilla de escritura jeroglífica.

En el área olmeca fundamental, se llegó a utilizar no sólo una forma de registrar las fechas, sino también de escritura; Peter David Joralemon ha identificado en el arte no menos de 182 símbolos que parecen haber tenido un significado jeroglífico. Por consiguiente, si bien los olmecas no desarrollaron la amplia variedad de jeroglíficos utilizada por los mayas, fueron ellos, y no estos últimos, los que iniciaron tanto el principio de la escritura jeroglífica como el sistema de fechamiento mediante barras y puntos utilizado. Por lo tanto, además de su papel crucial en el desarrollo de la escultura, la pintura y la arquitectura monumental, fueron los inventores del calendario y pioneros en los estudios de división del tiempo que fueron básicos para la civilización mexicana.

EL DIOS FELINO

Es fácil describir las principales formas del arte olmeca, pero es mucho más difícil interpretarlas. Si bien los modos de expresión son variados, el

* Otro fragmento de la Estela C fue encontrado recientemente. El hallazgo per-

tema es constante: el culto del hombre-jaguar, aunque también están presentes serpientes y aves. Algunas veces los seres que se representan son del todo humanos, aunque su porte majestuoso sugiere que poseían la fuerza del jaguar. En otros casos las figuras son más animales que humanas; los numerosos niños casi siempre tienen zarpas de jaguar y otros rasgos felinos —o a veces llevan máscaras de este animal—, excepto cuando se trata de jorobados o lisiados, que aparentemente eran vistos con temor reverencial por los olmecas, al igual que por otros pueblos.

En realidad, estas figuras felinas no son del todo animales, sino seres humanos con rasgos felinos; este tema habría de repetirse en el México antiguo, en el que, durante toda su historia, los guerreros y sacerdotes continuaron vistiéndose de animales. De entre los muchos felinos, el arte mexicano casi siempre representa al verdadero jaguar, en tanto que el puma desempeñó el mismo papel en el Perú. Aunque por su tamaño el jaguar sólo es el tercero de todos los felinos, es el más grande de los que tienen manchas. Su cabeza abultada con cara redonda se presta para que se le represente como semihumana. Además tiene una característica distintiva, una arruga que corre a lo largo de la parte alta de la cabeza, formada por los pliegues de su piel poco ajustada. Esta arruga se convirtió evidentemente, para los olmecas, en un símbolo del jaguar, y a manera de hendidura y en forma de V es añadido a las caras humanas como muestra del omnipresente culto del jaguar relacionado con la fertilidad, pues en ocasiones hay plantas que surgen de esta hendidura.

El hombre y el jaguar se parecen en que ambos cazan a una gran variedad de otros animales; sólo difieren en que el último prefiere tragarse a sus presas crudas, mientras que el hombre las cocina; este tema ha sido muy estudiado por Claude Lévi-Strauss en *Le cru et le cuit*.*

El antropólogo norteamericano Peter Furst ha recalcado con frecuencia el papel del jaguar no sólo en el arte precolombino, sino también en la mitología de las tribus que aún existen en Sudamérica; estos cultos felinos están relacionados con formas de chamanismo básicas para las religiones de las civilizaciones desarrolladas de Norte y Sudamérica, aunque hoy en día sobreviven más en esta última.

Por ejemplo, entre los majo de Bolivia se venera a un jaguar sobrenatural en una choza que sirve como templo, y al cual atienden sus propios chamanes. Éstos son reclutados de entre los pocos privilegiados que han sobrevivido al ataque de un jaguar en la selva y a los que, por lo tanto, se les considera favoritos del dios felino. Entre los majo, si un cazador mata a un jaguar debe permanecer varios días en el templo mientras se hacen ofrendas especiales. Los olmecas, aunque veneraban a los jaguares, también

mitió leer la fecha con claridad y eliminó cualquier duda al respecto. La estela se encuentra actualmente en el Museo de Tres Zapotes. [T.]

* Versión esp.: *Mitológicas I. Lo crudo y lo cocido*, Fondo de Cultura Económica, México, 1968. [T.]

los mataban, pues sus jefes son representados frecuentemente con adornos hechos con la piel de este animal.

Para los majo y otras tribus bolivianas, el jaguar es el señor original y quien decide su suerte. En Sudamérica, por la influencia de las culturas desarrolladas, que en su mayor parte florecieron en el Perú pero que se extendieron hasta Bolivia, se institucionalizó el culto del jaguar, que fue atendido por sacerdotes en un templo. La tribu shipaya del norte del Brasil todavía adora a un felino creador y héroe cultural. Al igual que en los tiempos antiguos, este ser divino no es sólo animal, sino que además es un creador con forma humana que se convierte en jaguar cuando se enoja. Entre los kogi chibchoides de Colombia, este animal también desempeña el papel de ancestro tribal; al igual que los olmecas, son el "pueblo del jaguar" y sus antepasados tradicionales fueron jaguares salvajes. Por lo tanto, el concepto de hombre-jaguar no sólo existió en el pasado entre las tribus nativas de Sudamérica, sino que todavía sigue vigente en la actualidad. Ciertos grupos de la región amazónica del Brasil utilizan incluso la misma palabra para designar al chamán y al jaguar; cuando envejecen, estos chamanes se transforman en el animal por el simple hecho de cubrirse con su piel —aparentemente esto es un vestigio de la antigua práctica de llevar máscaras de felino o, como la figura del mural de Juxtlahuaca, una piel de jaguar.

Esta identificación del hombre con el jaguar no se aplica únicamente a los adultos; incluso el concepto olmeca del niño-felino existe entre los indios tacaná de Bolivia. En 1961, su gran chamán jaguar contó a los antropólogos alemanes Karin Hissink y Albert Hain la leyenda de un niño de 12 años que voló a otro mundo en la espalda de un gigantesco jaguar alado.

Muchas de las creaciones del arte religioso olmeca sólo fueron vistas por el artista y los sacerdotes que las enterraron. Los coloridos mosaicos fueron sepultados, y las grandes fosas llenas de hachas y figurillas son únicas en el México antiguo. No se sabe con certeza si las cabezas colosales estaban a la vista del público, ya que muchas de las encontradas en San Lorenzo fueron enterradas ceremoniosamente, aunque esto pudo hacerse algún tiempo después de que fueran esculpidas.

La manera como están enterrados los monumentos pone en claro que esto fue parte de un ritual solemne, y no una acción de último momento ante una invasión enemiga. La forma sistemática de mutilarlos requirió de un esfuerzo poco menor que el necesitado para esculpirlos; un método consistió en desprender una serie de pequeñas muescas oblongas de la superficie lisa. La cabeza colosal que ahora se encuentra en el jardín del Museo Nacional de Antropología de la ciudad de México, es una de las más mutiladas. Tiene siete de esas muescas en la parte trasera y 60 hoyos cóncavos en su cara.

Además del misterio de todos los objetos mutilados y enterrados, el mensaje religioso que encierra el arte olmeca es elusivo. Sus creencias parecen haber estado arraigadas en una religión más primitiva basada en el chama-

nismo e incluso en el totemismo, por lo que cada tribu se identifica a sí misma con determinado animal, que es su progenitor y protector. A menudo la bestia de que se trata tiene un vínculo místico con el jefe tribal, que desciende a su vez de un héroe en parte animal. Este concepto no estaba del todo ausente en los últimos tiempos precolombinos; los gobernantes aztecas pretendían tener como ancestro al legendario Quetzalcóatl de Tula, el dios de la Serpiente Emplumada; el jaguar era un emblema importante del omnipotente dios del espejo humeante (Tezcatlipoca).

A los chamanes contemporáneos de América se les atribuyen poderes sobrenaturales como el de curar, pues son magos y sacerdotes; caen en estados de éxtasis y tienen el poder de transformarse en animales, concepto que ya está presente en el arte olmeca. Pero aunque las figuras olmecas parecidas a los jaguares fueran sólo en parte chamanes, intelectualmente prepararon el camino para los sacerdotes de culturas posteriores. El sistema de fechamiento olmeca indica que habían estudiado los movimientos del Sol y de la Luna, y su arquitectura sugiere la habilidad de medir distancias. Simultáneamente, aunque no fueran sólo chamanes, los seres representados eran magos; debe haberse considerado que las escenas del hombre-jaguar, como las de la cueva de Juxtlahuaca, tenían una potente fuerza mágica ya que no estaban a la vista del creyente común. Ciertos aspectos del chamanismo, como el uso del peyote y otros alucinógenos, sobrevivieron en México hasta la conquista.

En consecuencia, la religión olmeca debe entenderse tanto a la luz de lo que ocurrió antes de ella en México, como de lo que llegó después. El jaguar, representado en ocasiones copulando con una mujer, debe ser considerado como un tótem y creador con el cual estaban relacionados estrechamente los jerarcas olmecas; los gobernantes, en particular, eran hijos del jaguar. En ausencia del león que figura en los escudos de armas europeos como símbolo de poder, el jaguar fue el rey indiscutible de la selva. Como vimos, en toda América el gran felino todavía es el animal nativo elegido como símbolo tribal, y en ocasiones se piensa en él como si fuera un niño.

También entre los olmecas el jaguar no es sólo el emblema del gobernante, sino que personifica el concepto de la niñez. Esto no es sorprendente desde un punto de vista puramente físico, ya que el felino de nariz achatada tiene rasgos más parecidos a los de un infante que a los de un adulto. Pero el verdadero significado del niño-jaguar puede ser diferente: en todo el mundo, ya sea entre mexicanos, polinesios o cartagineses, el niño ha estado asociado con los sacrificios humanos; en las culturas prehispanicas tardías se convirtió en la víctima favorita del dios de la lluvia, Tláloc.

Por su naturaleza, el niño es una ofrenda ideal para el sacrificio, pues, al ser inocente, es el intermediario más puro entre el hombre y sus dioses, de los cuales se alejó muy recientemente en el momento de nacer. Existen otras evidencias de sacrificio humano entre los olmecas, por ejemplo, las cabezas cortadas y enterradas sin sus cuerpos en Tlatilco, sitio de influencia

olmeca. En Tres Zapotes, Stirling encontró un instrumento que creyó era un cuchillo de sacrificios.

La frecuente representación, en las estatuas olmecas, de un hombre que lleva a un niño-jaguar tiene una interpretación obvia, ya que la actitud de este último a menudo lo hace parecer muerto en vez de dormido. Con seguridad estos infantes fueron víctimas del sacrificio al ser ofrecidos a los dioses como la más preciada ofrenda; cuando se les sacrificaba como intermediarios entre el hombre y el dios-jaguar, en cierto sentido se convertían a sí mismos en jaguar y, por lo tanto, se les representaba como seres mitad animales y mitad humanos. Es posible que se les ahogara, ya que no muestran señales de violencia, al igual que a los infantes sacrificados a Tláloc en épocas posteriores, que también se convertían en el dios.

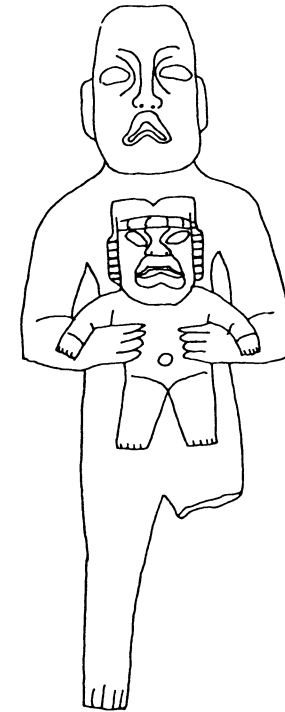


FIGURA 9. *Hombre y niño-jaguar*

En resumen, por lo anterior es posible considerar a la religión olmeca como un culto al jaguar que es tanto señor y progenitor, inseparable de la realeza y del gobierno, como infante víctima; el mito original surgió quizás de la historia del primer gobernante, descendiente en parte de un jaguar, que sacrificó a su propio hijo.

Cierta evidencia sugiere que el felino era un símbolo de la tierra y de la fuerza vital, y que una parte esencial de su adoración era un culto terrestre, el cual a su vez estaba relacionado con la fertilidad. En tiempos prehispanicos posteriores el jaguar representó a la tierra y estuvo asociado con las cuevas en particular. En el culto entre los olmecas, la fertilidad es visible en ciertas escenas que tienen un elemento fálico.

Por otra parte, si bien la asociación del jaguar con la tierra y la fertilidad es estrecha, se tiende a exagerar la existente entre este dios-jaguar y el de la lluvia, Tláloc. Este último heredó, sin duda, ciertos rasgos felinos cuya evolución ha sido trazada paso a paso, desde el arte olmeca hasta el teotihuacano, por Miguel Covarrubias. Pero los olmecas padecían más por el exceso que por la falta de lluvia; además, entre los mayas el jaguar también fue asociado con el Sol, y en las representaciones de su curso nocturno bajo el horizonte su cara toma la forma de este felino. En un culto dedicado a la tierra más que a la lluvia, habría una tendencia más natural a que tantos objetos fueran enterrados inmediatamente después de ser producidos, aunque no necesariamente acompañados por restos humanos; muchos de estos objetos eran de jade, que para los mexicanos no era sólo una piedra preciosa, sino también el símbolo del corazón de la tierra.

Lejos de ser una especie de dios de la lluvia, como a veces se sugiere, considero al omnipresente felino olmeca no sólo como el progenitor de la tribu, relacionado con la realeza y con el sacrificio de niños, sino también como una deidad de la tierra o de la fertilidad que gobernaba el ciclo de la vegetación, tan vital para el bienestar del pueblo. La leyenda olmeca incluía la historia del sacrificio de un niño-jaguar, rito que fue recordado en muchas ocasiones en las obras de arte y que probablemente se volvió a establecer con los sacrificios de niños reales, que llevaban máscaras y otros atavíos de jaguar; el culto, como veremos, se difundió a muchas partes de México. En la religión olmeca estaba presente, además, el dios del fuego (al que también se llegó a relacionar con la tierra) y quizás una versión primitiva de la Serpiente Emplumada. No obstante, el panteón maduro de los mexicanos (con sus abundantes dioses), tal como lo conocemos de épocas posteriores, todavía no existía en su totalidad y sólo se desarrollaba gradualmente. La religión olmeca parece representar una etapa intermedia entre el chamanismo tribal y el complejo sistema religioso de épocas posteriores.

LOS OMNIPRESENTES OLMECAS

La creatividad olmeca en su área fundamental fue notable. No obstante, sus logros no se limitaron a un solo territorio como, digamos, la cultura huasteca que habría de florecer más al norte en la misma costa; a causa de su vigorosa expansión, se puede considerar a los olmecas como una de las cuatro civilizaciones universales de México.

Si bien se encontró una cabeza colosal en el siglo XIX en el sur de Vera-

cruz, sólo fue hasta 1928 cuando George Vaillant descubrió por primera vez restos de tipo olmeca en Tlatilco, en las afueras de la ciudad de México. Por otra parte, ciertos hallazgos olmecas, como relieves rupéstrs o murales con un estilo puro de La Venta, sugieren una presencia física o por lo menos las visitas de artesanos olmecas. Sin embargo, en otros lugares distantes se han encontrado numerosos objetos portátiles que pertenecen a una segunda categoría, pues pudieron ser traídos desde el área fundamental; un tercer tipo de penetración se aprecia en lugares cuyas formas artísticas muestran ciertas afinidades, pero que no son olmecas puras por haberse adaptado a los gustos y condiciones locales; a estas formas por lo común se les llama olmecoides.

Las pinturas murales del estado de Guerrero, descritas antes, pertenecen a la primera categoría. Son totalmente olmecas y difícilmente pudieron ser pintadas sin la ayuda de un artista del área fundamental de la costa del Golfo. Además, aunque no se han encontrado monumentos de piedra en Guerrero, se han descubierto abundantes objetos más pequeños, en particular figurillas de jade; la mayoría de las piezas olmecas de las colecciones privadas provienen de esa región.

Igualmente representativos del estilo olmeca más puro son los petroglifos de Chalcatzingo, en el estado de Morelos, a unos setenta kilómetros al sureste de Cuernavaca. Dos de ellos fueron descubiertos en 1934 y el resto en fechas más recientes. Después de una larga caminata desde el poblado de Jonacatepec,* uno es recompensado con la vista de una de las más importantes obras del arte olmeca, conocida como Petroglifo 1. Esculpido en una roca saliente, este relieve de tres metros de altura representa una sola figura ricamente ataviada con un gran tocado, sentada en un trono

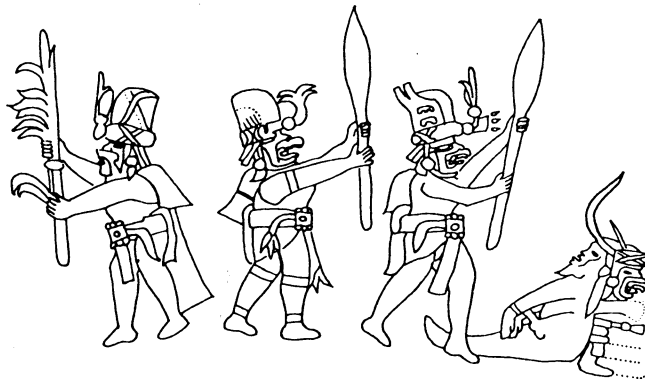


FIGURA 10. *Relieve de Chalcatzingo*

* En la actualidad se puede llegar en automóvil hasta el poblado de Chalcatzingo. [T.]

dentro de lo que parece ser una cueva, aunque también se ha considerado que es la boca de un gran monstruo. Este gobernante sentado porta un bastón ceremonial similar a los que posteriormente se representaron en los relieves mayas. El estilo es muy parecido al de la Estela 3 de La Venta. El segundo relieve muestra una escena olmeca típica: a la derecha se representa una figura recostada con barba de perilla, su cuerpo desnudo y muñecas amarradas indican que es el cautivo; enfrente de él están tres hombres vestidos como guerreros y que blanden garrotes o bastones. La postura fálica del cautivo sugiere alguna clase de rito de la fertilidad.

Con las excavaciones en Chalcatzingo se han obtenido muy pocos de los objetos olmecas más pequeños; en cambio, en el cercano sitio de Las Bocas, también en Morelos, se han encontrado varias figuras olmecas que recuerdan a las de San Lorenzo, en el área fundamental. Un tercer sitio, Guapulita, situado en los suburbios de Cuernavaca, también cuenta con objetos olmecas típicos, como una figura de hombre-jaguar agazapado que se cubre con una piel de jaguar.*

En el valle central de México no se han descubierto relieves o pinturas, como los mencionados en el párrafo anterior, que indiquen por sí mismas la presencia de olmecas de la costa del Golfo. Un sitio importante es Tlapacoya, en donde se encuentran figurillas olmecas que corresponden a los niveles de ocupación más antiguos. Sin embargo, su influencia en el Valle de México se encuentra principalmente en Tlatilco. En este sitio descampado, sin monumentos o montículos, se ha descubierto un gran número de objetos enterrados del preclásico, en su mayoría figuras de barro y vasijas-efigie que no son del todo olmecas en su estilo. Pero además de éstos, se descubrieron varias figurillas de barro que son tan típicamente olmecas que recuerdan a las de La Venta, aunque las piezas de piedra de tipo olmeca son escasas si se les compara con la gran cantidad que se ha encontrado en Guerrero. Un rasgo característico de estos objetos de tipo olmeca es que, según las fechas de radiocarbono, pertenecen al siglo XIII antes de nuestra era y, por lo tanto, coinciden con la fase más temprana que se ha fechado en San Lorenzo.

Los arqueólogos no se ponen de acuerdo sobre la naturaleza de esta penetración olmeca en Tlatilco. Ignacio Bernal llamó a este sitio "colonia", a causa de sus abundantes rasgos marcadamente olmecas, que interpreta como evidencia de la presencia física de esta civilización y no de una mera relación comercial. Coe también utilizó la palabra "colonial" en este contexto. Por otra parte, Ronald Grennes Ravitz, al escribir sobre su influencia en la meseta mexicana, dice que sería distorsionar la realidad describir a Tlatilco como olmeca, o hasta olmecoide, en cualquier sentido que pudiera implicar la existencia de un Estado que abarcara todo México bajo la égida de los olmecas de la costa del Golfo.

* Se trata de la figura de Atlahuayan, que se exhibe en el Museo Nacional de Antropología. [T.]

Cualquiera que haya sido la verdadera condición de Tlatilco, tales limitaciones ciertamente se aplican al gran sitio de Monte Albán, cerca de Oaxaca, en el sureste de México, cuya primera fase podría ser descrita como olmecoide, pero nunca como olmeca. El principal monumento del Monte Albán temprano corresponde aproximadamente al siglo VI a.c. y es conocido como Templo de los Danzantes, nombre que se le dio por una serie de relieves de figuras sin sexo, cuyas extrañas posturas hacen pensar que danzaran o incluso nadaran. Aunque están lejos de ser típicamente olmecas, tienen labios gruesos y narices achatadas que producen la estampa general que permite, por lo menos, llamarlas olmecoideas. Se ha discutido sobre el grado en que la influencia olmeca está realmente presente en estos relieves y se ha concluido que son considerablemente más tardíos que La Venta. Bernal describe el estilo de los "danzantes" y de otros monumentos de Monte Albán como una variante de lo olmeca puro, del cual difiere en gran medida. Otros restos olmecoideos se han encontrado en el vecino sitio de Dainzú, excavado por Bernal en los setentas. Además, en Monte Albán se han encontrado glifos y numerales de barra y punto; ésta es la escritura más antigua que se conoce en México, pues es anterior a la hallada en el área fundamental olmeca, de la que también difiere.

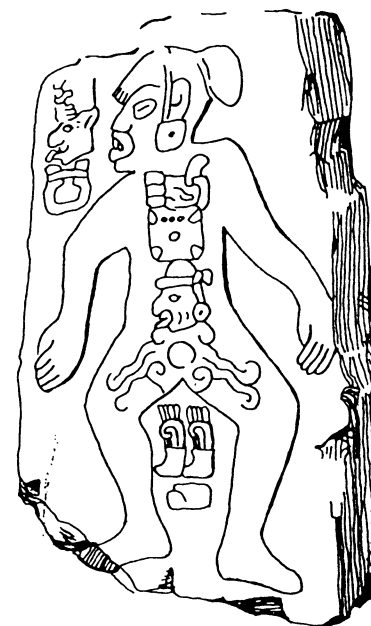


FIGURA 11. *Danzante, Monte Albán*

Hasta ahora sólo se han dado ejemplos de la penetración dentro de las fronteras del México actual. Entre éstos también deben incluirse los rasgos olmecoides del sitio bien explorado de Chiapa de Corzo, en el estado de Chiapas, cerca de la frontera con Guatemala, y los de Tonalá, Chiapas, en donde las estelas y petroglifos muestran una fuerte influencia olmeca. En Guatemala se descubrió un relieve de estilo olmeca cerca de Quetzaltenango; un petroglifo en San Isidro Piedra, cerca de la costa del Pacífico, está dentro de la más pura tradición de La Venta y representa a un hombre que esgrime un arma similar a un garrote, esta talla recuerda en muchos detalles a los relieves rupestres de Chalcatzingo. En el clásico sitio maya de Uaxactún, un templo situado en el nivel más bajo está decorado con mascarones que presentan ciertos motivos olmecas, y en el sitio maya de Tikal se descubrió un templo similar, pero se volvió a cubrir.

Los petroglifos tallados en las cuatro caras de una roca de Las Victorias, dos kilómetros al oriente de Chalchuapa, en la República de El Salvador, constituyen el límite conocido de la penetración olmeca más allá de Guatemala y se encuentran a 700 kilómetros, en línea recta, del área fundamental. Las cuatro figuras representadas están esculpidas en forma burda, sin embargo, son típicamente olmecas e incluso llevan el característico "casco de futbol americano".

Restos tan lejanos y variados de penetración plantean muchas preguntas; cualquier respuesta debe estar relacionada con la cronología, en el área fundamental y otras partes, de las diferentes fases de la civilización olmeca. Afortunadamente, aunque no pueda proporcionar una historia detallada, el fechamiento por radiocarbono ofrece indicadores de la secuencia de la expansión olmeca y nos ayuda a ubicarla en su perspectiva histórica.

San Lorenzo, como se vio, floreció de 1200 a 900 a.c., según sus fechas de radiocarbono. Por lo general se considera que, como representa una cultura plenamente desarrollada, debe haber existido una etapa formativa olmeca en otro lugar, quizás en la Sierra de los Tuxtlas, aunque Coe también escribe sobre una probable fase temprana o preolmeca en el propio San Lorenzo. Coe, sin embargo, presupone que muchos rasgos básicos, como el empleo y transporte de grandes piedras, la elaborada iconografía y hasta el sistema de drenaje, fueron inventados por primera vez en un sitio aún no descubierto. En esa fase inicial surgió el culto del jaguar que ya aparece como religión desarrollada en San Lorenzo y La Venta. Esta fase preolmeca todavía es un enigma, ya que no se sabe en realidad en qué época o en qué lugar la cultura olmeca asumió su forma tan distintiva.

La cronología del área fundamental presenta marcadas diferencias entre las fechas de radiocarbono de San Lorenzo y las de La Venta, que en su mayoría son varios cientos de años posteriores; en comparación con las fechas de 1200 a 900 a.c. para el florecimiento de San Lorenzo, las fechas aceptadas generalmente para la fase más creativa de La Venta son de 900 a 600 a.c., aunque su duración como poblado fue mayor. Por lo tanto, La Venta produjo un segundo florecimiento de la cultura olmeca. La violencia

del cataclismo de la época en que sucumbió San Lorenzo está demostrada por la furia con que fueron destruidos sus monumentos.

San Lorenzo en cierto modo es contemporáneo del preclásico temprano, o formativo temprano, de todo México, en tanto que La Venta pertenece más al periodo formativo medio. Durante la tercera y última fase olmeca, que corresponde al formativo tardío mexicano, La Venta fue virtualmente abandonada, aunque la cultura olmeca u olmecoide sobrevivió en Tres Zapotes. No obstante, a esta fase final y en cierto sentido decadente, que va de 500 a 100 a.c., pertenece uno de sus logros más grandes: el sistema de escritura y fechas jeroglíficas, que se encontró por primera vez en la Estela C de Tres Zapotes, con fecha de 31 a.c. Cerro de las Mesas, unos 20 kilómetros al este de la Bahía de Alvarado, es considerado por lo general más un sitio clásico que olmeca, aunque sus restos más antiguos son claramente olmecoides y las fechas de sus primeros monumentos fueron ordenadas exactamente con el estilo de la Estela C de Tres Zapotes. Las fases iniciales de Cerro de las Mesas son olmecas en otros aspectos, como la práctica de enterrar ofrendas de hachas de jade y piedra verde, esculpidas con un estilo olmeca inconfundible, aunque ya decadente.

Esta división cronológica en tres fases del área fundamental es básica para elaborar el mapa de la expansión olmeca a otras regiones, en las cuales el fechamiento de restos olmecas u olmecoides varía mucho de un lugar a otro. En algunos sitios los restos corresponden a la época de apogeo de San Lorenzo, en otros al de La Venta, mientras que en Monte Albán la mayor parte pertenecen al tercer periodo, posterior a La Venta. Por lo tanto, la influencia llegó al resto de Mesoamérica en oleadas sucesivas con variada forma e intensidad. En particular, en el Valle de México y en algunos sitios de Morelos, esta influencia corresponde a la primera fase, cuando San Lorenzo estaba en apogeo. Objetos de tipo olmeca se han fechado, tanto en Tlatilco como en Tlapacoya, entre 1300 a 900 a.c., mientras que para los sitios olmecas de Morelos tenemos fechas que van de 1356 a.c. a 1190 a.c., y sólo Chalcatzingo es posterior. La fase Las Bocas en Morelos es claramente temprana, puesto que sus figurillas cerámicas huecas se parecen mucho a las de San Lorenzo. En Tlatilco, las tumbas con objetos de tipo olmeca, también más o menos contemporáneas de San Lorenzo, son las más antiguas de todas. Estos tempranos ejemplos del estilo olmeca, como hemos visto, son más objetos pequeños que pudieron ser importados, que grandes obras de arte que hubieran tenido que realizarse *in situ*. Por consiguiente, durante esta fase temprana, los comerciantes olmecas ya cubrían grandes distancias, aunque no llevaran artistas consigo.

Mientras que estos restos olmecas en el Valle de México y Morelos pertenecen a la fase de San Lorenzo, otros fuera del área fundamental corresponden en su mayor parte a la segunda fase, marcada por el apogeo de La Venta. Los murales de Guerrero están más relacionados con La Venta que con San Lorenzo, y se cree que los de Juxtlahuaca tienen una fecha de entre 900 y 700 a.c.

Fechas similares parecen corresponder a Chalcatzingo. Al igual que los murales de Guerrero, sus relieves rupestres se relacionan más con La Venta que con San Lorenzo y el arqueólogo Daniel Grove los fecha entre 900 y 800 a.c. Recientemente se descubrieron en Chalcatzingo tres estelas, que en cierta manera recuerdan a las de Izapa, sitio que, como veremos, es postolmeca. Grove también asigna a los petroglifos más bien burdos de Las Victorias, en El Salvador, el mismo periodo que a los relieves rupestres de Chalcatzingo.

En Oaxaca, los "Danzantes" de Monte Albán I, descritos con frecuencia como olmecoides, corresponden más a la tercera fase olmeca, posterior a La Venta. Sin embargo, el arqueólogo Kent Flannery ha identificado sitios aldeanos en el Valle de Oaxaca que pertenecen a una cultura anterior a la de Monte Albán. La fase formativa San Juan, en el Valle de Oaxaca, está fechada entre 1200 y 900 a.c. con fundamento en la cerámica y el radiocarbono. Aunque sus formas de arte no son básicamente olmecas y ni siquiera olmecoides, ciertos rasgos olmecas están presentes, como las representaciones del hombre jaguar, algunas de las cuales tienen la hendidura en forma de U en la cabeza. Por lo anterior, en Oaxaca se puede percibir una fase temprana y una tardía de la influencia olmeca. Esto también es cierto para Chiapas, en donde algunos restos olmecas pertenecen al periodo temprano, en tanto que otros, como los de Tliltepec, corresponden a la última parte de la era de La Venta, digamos de 700 a 500 a.c.

A la fase tardía pertenecen no sólo los "Danzantes", sino también los relieves de la cercana Dainzú. Los jeroglíficos antiguos de Monte Albán, tan importantes en la historia de la escritura en México, también se relacionan con este periodo final, durante el cual aún florecía Tres Zapotes. Existe una brecha inexplicable de 260 años entre sus jeroglíficos de Cuenta Larga y las más antiguas inscripciones que se conocen en Tikal. Esto no significa que no se hayan hecho monumentos durante este periodo intermedio, sino sólo que ninguno ha sido encontrado.

Es difícil describir paso a paso el desarrollo de esta tardía cultura olmeca a fin de llegar directamente a las formas del arte maya. Sin embargo, el importante sitio de Izapa en la costa del Pacífico, mexicana, muy cerca de la frontera con Guatemala, proporciona ciertos indicios. Su arte es, con claridad, de transición entre el olmeca y el maya. Los artistas de Izapa evidentemente pasaron a los mayas de México y Guatemala el complejo estela-altar, en el que altares redondos están enfrente de una estela plana, complejamente esculpida. El florido estilo barroco de las estelas de Izapa tiene mucho en común con las mayas; al mismo tiempo, Izapa se derivó, cuando menos en parte, del estilo olmeca tardío, aunque existen diferencias básicas, en particular la ausencia del hombre-jaguar y de los *baby face* comunes entre los olmecas, lo que indica una separación radical de sus creencias religiosas. Incluso en el área fundamental, la religión parece haber cambiado, pues en Tres Zapotes las estelas de este periodo final se parecen más a las de Izapa que a las de La Venta.

Se ha visto que la penetración cultural olmeca en algunas partes de Mesoamérica, fuera de su área fundamental, varía mucho en lo que respecta a fechas, naturaleza e intensidad. En consecuencia, los arqueólogos sustentan diversas opiniones en cuanto a la forma y las razones por las que se produjo. La discusión se centra principalmente en la cuestión crucial de si los olmecas fueron a otras partes de Mesoamérica como guerreros o como comerciantes. Esta misma pregunta surge, como veremos, en lo que se refiere a la expansión teotihuacana más de mil años después.

Michael Coe es el principal exponente del punto de vista "imperial", al referirse al área olmeca fundamental como el "primer Estado que tenía el propósito de conquistar, obtener tributos y hacer prosélitos"; además de que dominaron el Valle de México, cree que los olmecas controlaron físicamente los actuales estados de Morelos, Puebla y posiblemente Guerrero. Al mismo tiempo, está consciente de la importancia del comercio para los olmecas, en particular a fin de obtener jade, pero utiliza la palabra "conquistista" en el mismo contexto y escribe de "comerciantes guerreros", parecidos a los mercaderes aztecas, que incluso combatían en sus propias campañas.

Coe no es el único que sostiene estas deducciones. Peter David Joralemon apoya su opinión de un extenso imperio fundamentado en el comercio y el tributo. Ignacio Bernal toma una actitud intermedia y aplica el término "colonial" a las influencias olmecas en Tlatilco, pero niega que haya existido una situación similar en Oaxaca. Grove asume una posición contraria y considera que la adopción de formas y símbolos olmecas en todo el altiplano mexicano se debió a que algunos pueblos, que tenían poco o ningún contacto con la costa del Golfo, adoptaron sus creencias. Considera al comercio como el medio más probable de esta difusión de ideas y objetos, que constituye una especie de préstamo de posición de una cultura más compleja. Considera, además, que muchos de estos sitios de las tierras altas evolucionaron en mayor grado como centros comerciales que religiosos. En el caso de los murales de Guerrero, Grove está dispuesto a aceptar la posible presencia, en los dos sitios, de una élite olmeca en una etapa de su existencia. Estos, al igual que otros sitios, estaban situados en una de las principales rutas comerciales.

La naturaleza exacta de la comprobada penetración olmeca en el altiplano mexicano, es en gran medida un asunto de opinión personal. Mi posición es que llegaron más como mercaderes que como conquistadores. Sin embargo, este comercio difícilmente estuvo limitado al intercambio de bienes en el sentido ortodoxo de la palabra, que implica la mera entrega de unos bienes a cambio de otros de valor equivalente. Pudo surgir una relación especial entre un pueblo avanzado que comercia con materiales raros y sus abastecedores más primitivos; estos intercambios pudieron dar lugar a un mecanismo de visitas rituales, la adopción de miembros de un

grupo por el otro e incluso el intercambio de esposas. En el transcurso de tales intercambios, los jefes de la sociedad más sencilla pudieron tender a imitar el comportamiento de los mercaderes que los visitaban y adoptar en parte su religión, con su simbolismo más sutil y sus atavíos más atractivos; al hacerlo así, este grupo privilegiado aumentaría su categoría ante su propio pueblo. En consecuencia, el mecanismo del comercio puede explicar no sólo la presencia de objetos olmecas, sino la imitación de ciertas formas de culto, en especial entre los pueblos que ya aspiraban, por sí mismos, a un mayor nivel de cultura, y cuyo grupo de privilegiados era, por lo tanto, más susceptible a los refinamientos del arte olmeca y a los misterios del culto del hombre-jaguar.

Se pudieron necesitar siglos para que se desarrollaran esas relaciones. La influencia olmeca en la primera fase de su expansión, de 1200 a 900 a.c., se puede apreciar en los objetos de estilo casi idéntico a los del área fundamental, que se encuentran con mucha frecuencia en el México central y en Guerrero. Sólo durante la segunda fase, la de La Venta, digamos de 900 a 600 a. c., podemos encontrar murales y relieves rupestres que indican una adopción más directa de las creencias olmecas y la presencia física de ciertos artistas, llevados para que pintaran y esculpieran las obras que eran el complemento indispensable de esas creencias. Pero incluso en estos casos, los indicios de la cultura olmeca están limitados a unos pocos rasgos o formas artísticas. Por ejemplo, la cerámica de Chalcatzingo no es olmeca y en ningún sitio del altiplano encontramos rasgos básicos como los altares, las cabezas colosales y los mosaicos. En la fase final, que dura casi hasta el inicio de la era cristiana, las relaciones entre el área fundamental y sitios como Monte Albán y Chiapa de Corzo fueron menos directas, ya que no hubo una imitación precisa del arte olmeca o de sus símbolos religiosos.

Estas observaciones se basan forzosamente en lo que se sabe hasta la fecha. Los descubrimientos importantes de murales olmecas, petroglifos o incluso de objetos más pequeños en otras zonas, o el descubrimiento de otras formas de La Venta, hasta ahora limitadas al área fundamental, cambiarían el panorama, que ya ha sido modificado por los murales de Guerrero.

Al considerar si los olmecas constituyeron en alguna ocasión un imperio, con seguridad la población es un factor determinante. Algunos de los principales restos de su cultura en el México central corresponden al periodo de San Lorenzo y es a esta presencia más antigua a la que se aplicó la palabra "colonial". Pero Coe dice que la población de San Lorenzo era de 1 000 personas y estima que 2 000 hombres pudieron construir el sitio. Aun si se supone que San Lorenzo controlaba la mayor parte del área fundamental olmeca, en un momento determinado, habría sido muy difícil reclutar fuerzas expedicionarias entre la gente que vivía dispersa en cientos de pequeños poblados. De igual manera, la población de la isla de La Venta era pequeña y es difícil imaginarlos estableciendo guarniciones en Morelos y Guerrero con el fin de pintar sus murales y esculpir sus relieves rupestres.

No se puede hacer una comparación válida entre el área olmeca funda-

mental, en cuyos principales centros la población sólo se podía contar en miles, si no es que en cientos, y la cosmopolita Teotihuacán, en la que vivían, como veremos, 200 000 personas, por no decir nada de la Tenochtitlán azteca, de la que conocemos sus lejanas y numerosas conquistas.

Por la misma razón no debe compararse la expansión olmeca con lo ocurrido en Tula. Los toltecas ocuparon Chichén Itzá, en la Península de Yucatán, aproximadamente en 1000 d.c. Esta ocupación sí implicó alguna forma de conquista militar. Más aun, la relación entre Tula y Chichén es muy diferente: en Chichén se encuentran *todos* los elementos de la cultura tolteca. Por otra parte, en las diferentes regiones de México a las que llegaron los olmecas, sus restos son muy selectivos: en un lugar encontramos murales, en otros relieves rupestres, en un tercero pequeñas figurillas, y en un cuarto escritura jeroglífica y fechas de punto y barra. Pero en ningún lugar se hallan juntos estos indicios.

Además, en ninguna otra parte del resto de México se encuentran algunos de los elementos más notorios de la cultura olmeca. No sólo están ausentes los signos distintivos de las estatuas de piedra; la gente de La Venta en ningún lugar construyó algo similar a su propia pirámide acanalada, en tanto que la arquitectura de las civilizaciones posteriores fue copiada ampliamente. En la mayoría de los lugares la gente tomó ciertos elementos, pero continuó con la hechura de la cerámica e incluso de las figurillas con su estilo local.

Es difícil exagerar la importancia del jade y de otras piedras verdes para los pueblos de México. Los españoles se sorprendieron al ver que los gobernantes locales las apreciaban más que al oro; para los olmecas, la piedra verde era la principal forma de riqueza y los objetos hechos con esos materiales también habrían sido bienes de exportación muy apreciados. A cambio, recibían la piedra sin trabajar, en particular el jade. Se sabe que los mayas clásicos obtenían su jade en el valle del río Motagua, en Guatemala, y la fuente de abastecimiento del jade azuloso utilizado por los olmecas probablemente fue Guerrero; Chiapas fue una fuente importante de serpentina. Por lo tanto, la búsqueda de piedras finas puede explicar por sí sola las dos grandes líneas de la expansión olmeca, una al noroeste, más allá del Valle de México, hacia Guerrero, y la otra al sureste, a Chiapas y Guatemala. La obsidiana ya era un material indispensable y también tuvo cierta influencia en las rutas comerciales olmecas. Desde el principio San Lorenzo obtuvo obsidiana de Guatemala y el Valle de México; posteriormente empezó a importarla de la región de Pachuca (al noreste de la ciudad de México), que habría de convertirse en la principal proveedora de las culturas del futuro.

Incluso las obras de arte ejecutadas *in situ*, las pinturas y los relieves rupestres, no implican necesariamente una conquista física. En Cacaxtla, cerca de Tlaxcala, hace algunos años se encontraron murales que no son totalmente mayas, pero que muestran una marcada influencia de esta cultura. Sin embargo, nadie sugeriría que los mayas conquistaron Cacaxtla:

se supone que los artistas, si aprendieron su arte en la tierra maya, fueron llevados a ella por mercaderes que quizás tenían una relación especial con sus clientes de ese lugar. Esto no excluye la posibilidad de que pequeños grupos de olmecas vivieran, digamos, en Chalcatzingo, pero sin ninguna pretensión de dominación física. En el transcurso de la historia de Mesoamérica hubo casos periódicos en que grupos o colonias de un pueblo se iban a vivir con otro, y esto parece haber sido una práctica muy común, ya fuera en Teotihuacán o en Tenochtitlán. Los aztecas no sólo tenían colonias extranjeras en su propia capital; sus mercaderes también radicaban en sitios como Xicalango, situado muy al oriente de La Venta y que no formaba parte del Imperio Azteca; si lo hubieran querido, podrían haber llevado consigo artesanos aztecas del centro de México.

Aunque pueden no estar de acuerdo con respecto a la naturaleza de la expansión olmeca, los expertos concuerdan más en lo que se refiere a la existencia de un control político unificado en el área fundamental, aunque excavaciones adicionales podrían aclarar este punto. Es difícil imaginar toda una serie de pequeños centros independientes, cada uno con una población que apenas llegaba a los mil habitantes, entre ellos San Lorenzo, La Venta y varios otros sitios no excavados. Con toda seguridad deben haber estado agrupados, si no en una unidad, sí en varias. Sólo con esa base pudo haberse organizado el comercio a larga distancia y reclutarse la mano de obra para construir los sitios.

Se han presentado muchos argumentos de que La Venta era una verdadera capital que controlaba toda el área fundamental. Pero durante la primera y la última parte de la era olmeca La Venta no existía; sin embargo, está por encima de cualquier rival conocido durante su gran periodo de 900 a 600 a.c. y es lógico sugerir que el área fundamental estaba unificada en un Estado, con La Venta como única capital o como líder de una liga de varias ciudades-Estado, patrón que surgió posteriormente con regularidad en el México antiguo.

El resultado de una o de varias unidades políticas, los logros generales de los olmecas fueron prodigiosos. Hicieron tantas cosas desconocidas para su tiempo que con frecuencia se les ha llamado la civilización madre de México. Esto puede ser exagerado si implica que todo surgió exclusivamente de su genio. No obstante, es cierto que establecieron un patrón que habría de servir a las culturas que los sucedieron; aunque éstas no se hayan derivado totalmente de los olmecas, su deuda con ellos fue inmensa.